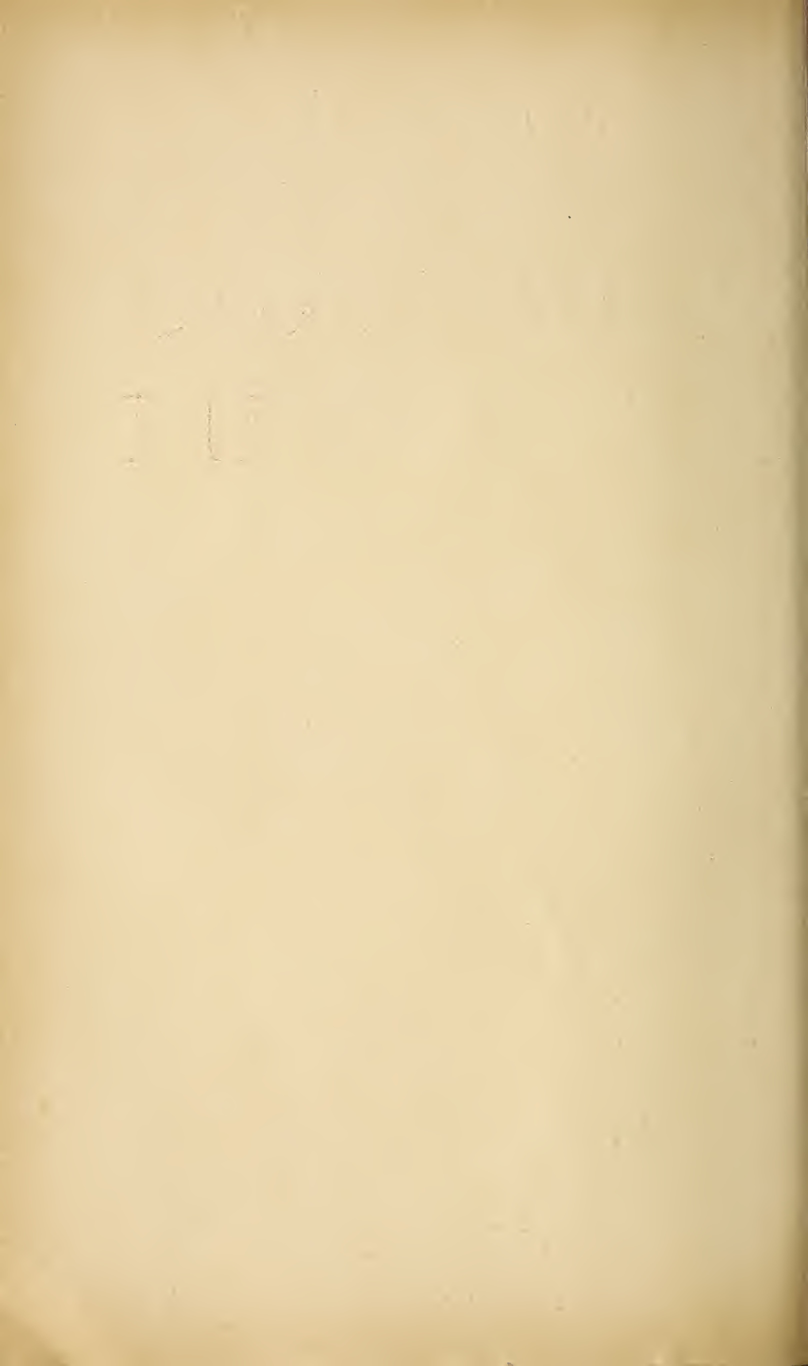
PEDRO MATA

EL INFIERNO DE AQUÍ

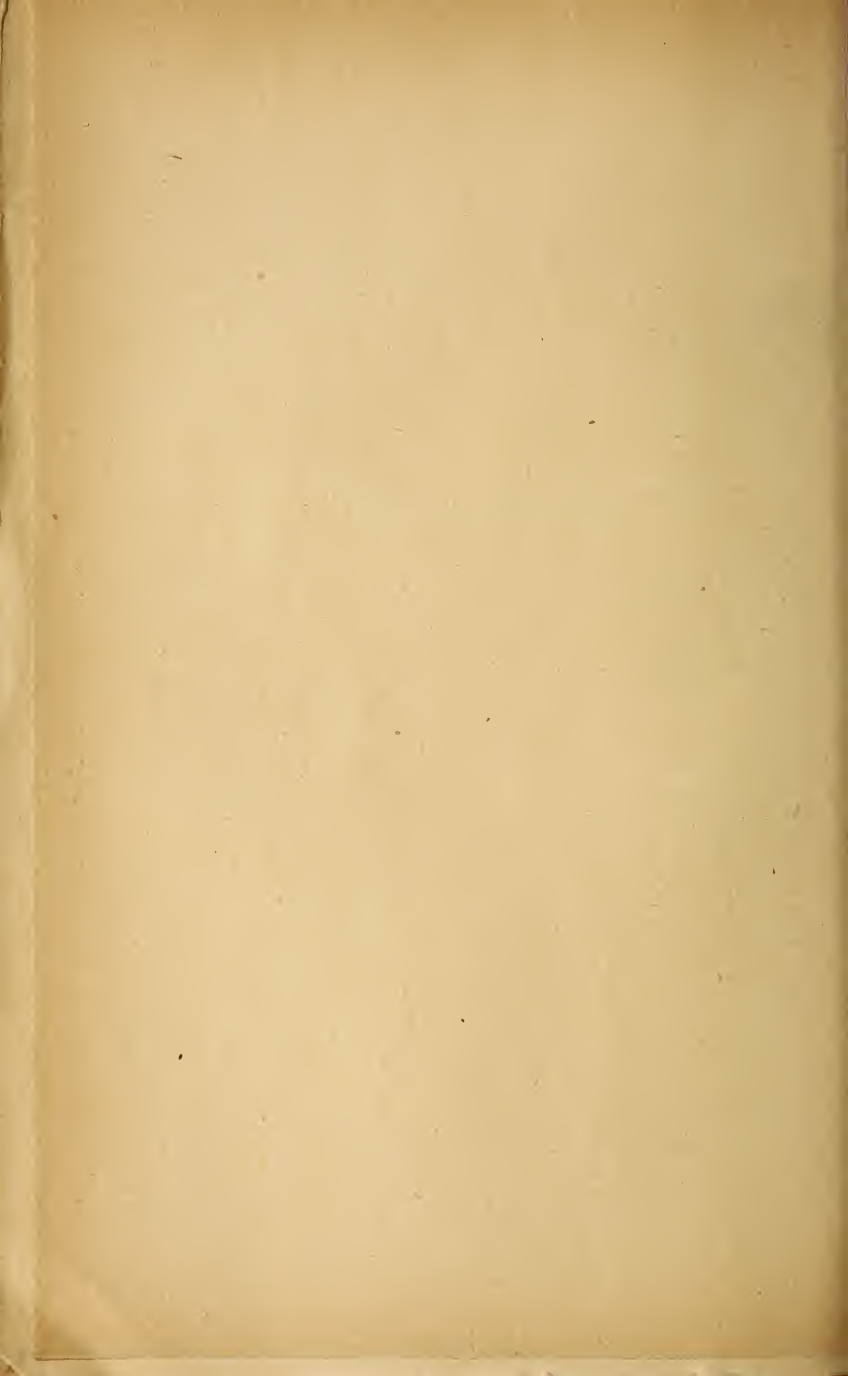
COMEDIA EN TRES ACTOS

Mata

MADRID
EDITORIAL PUEYO
CALLE DEL ARENAL, 6
1925



EL INFIERNO DE AQUÍ



PEDRO MATA

EL INFIERNO DE AQUÍ

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en la Gran Kursaal de San Sebastián
el 10 de agosto de 1925.

Y en el Teatro de Lara
el 18 de septiembre del mismo año.

MADRID
EDITORIAL PUEYO
Calle del Arenal, núm. 6.
1925

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid 1925.

A los artistas del Teatro de Lara, que tan prodigiosamente la interpretaron.

Con mi amistad y mi agradecimiento.

PEDRO MATA.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMALIA.	Concha Catalá.
CONCHITA.	Hortensia Gelabert.
PEPITA.	Raquel Martínez.
FELIPA.	Pilar R. Alenza.
ANTONIO	Emilio Thuillier.
EUGENIO.	José Isbert.
GASPAR.	Gonzalo de Córdova.

La acción en Madrid, una mañana de noviembre.
Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Gabinete burgués. A la derecha, una puerta con las cortinas recogidas. En el foro, puerta con forillo, y a la izquierda, otra con las cortinas caídas.

ESCENA PRIMERA

Amalia y **Felipa.** Después **Concha.**

Las dos primeras atraviesan la escena con dirección a puerta derecha cargadas con un pequeño sofá. Las dos vestidas con trajes de faena; Amalia en zapatillas y Felipa con un pañuelo liado a la cabeza, delantal de cocina y unos zorros al hombro. Al llegar cerca de la puerta Amalia se detiene.

AMALIA. Espere usted un momento, Felipa. Vamos antes a poner el tapiz.

Dejan el sofá en el suelo y entran las dos por puerta izquierda. Al cabo de una pequeña pausa vuelve a salir Amalia con un paño en la mano y lo pasa por el sofá para quitarle el polvo.

CONCHA. *(Por foro, con traje de calle.)* Adiós, mamá.

AMALIA. ¿Te vas ya, hija mía?

CONCHA. Sí; ¿querías algo?

AMALIA. No, nada; que te aguardaras un momento a ver cómo quedaba el gabinete.

CONCHA. Imposible. Es tardísimo. Luego lo veré.

AMALIA. Va a quedar precioso.

CONCHA. Como cosa tuya.

AMALIA. ¿Se ha vestido tu padre?

CONCHA. No sé. No le he visto.

AMALIA. Oye, ¿quieres decirle que?... O si no, deja, no le digas nada.

CONCHA. ¿Qué querías?

AMALIA. No, nada; yo se lo diré. Anda, vete, que es tarde.

CONCHA. Adiós, mamita.

AMALIA. Abrígate bien, que está la mañana muy fresca.

CONCHA. Hasta luego.

AMALIA. Adiós, hija.

CONCHA. *(Se acerca a izquierda, alza la cortina, grita:* Adiós, papá, *y se va por el foro.)*

AMALIA. *(A Felipa, que entró momentos antes.)* Bueno, vamos a meter esto.

(Cogen de nuevo el sofá y entran con él por puerta derecha. Al cabo de una pequeña pausa Amalia vuelve a salir, queda delante de la puerta como para contemplar el efecto y dirigiéndose a Felipa que continúa dentro.) Córralo usted hacia aquí... Un poco más. Eso es... Ahora acerque usted la butaca.

FELIPA. *(Dentro.)* ¿Así?

AMALIA. No, no tanto..., más hacia la mesa... Y eso que..., espere. *(Alzando la voz.)* ¡Antonio!

ANTONIO. *(Tras puerta izquierda.)* Qué.

AMALIA. ¿Puedes venir un momento?

ANTONIO. *(Dentro.)* En seguida. Estoy acabando de vestirme.

AMALIA. Es sólo un momento.

ANTONIO. Voy.

ESCENA II

Amalia y **Antonio.**

ANTONIO. *(Por izquierda, en mangas de camisa y abrochándose el cuello postizo.)* ¿Qué quieres?

AMALIA. *(Saliendo a su encuentro.)* ¡Por Dios, no salgas así, que está todo abierto!

ANTONIO. ¿Qué querías?

AMALIA. Ante todo que te pongas la americana y no hagas locuras. Está buena la mañanita para venirse con dibujos.

ANTONIO. ¿Hace frío?

AMALIA. Horrible.

ANTONIO. *(Que está luchando inútilmente por abrocharse el cuello.)* Oye, ¿quieres hacerme el favor?

AMALIA. ¡Pero te quieres abrigar! ¡Jesús qué hombre! Felipa, cierre usted ese balcón. *(A Antonio.)* Ponte una americana. O si no, espera, yo te la traeré. *(Vase por izquierda y vuelve con una americana y una gorra que ella misma le ayuda a ponerse.)*

ANTONIO. ¿Sabes que sí parece que noto frío?...

AMALIA. Felipa, cierre usted la puerta de la escalera.

ANTONIO. Ah, pero también la puertecita...

AMALIA. Naturalmente, como que estamos aviando el gabinete.

ANTONIO. ¿Han traído ya los muebles?

AMALIA. Ahora mismo. Para eso te llamaba.

ANTONIO. Ah... Oye, ¿quieres hacerme el favor? *(Refiriéndose al cuello postizo. Amalia le complace.)*

ESCENA III

Amalia, Antonio, Pepita y Gaspar.

Este último con traje de calle, gabán recio, guantes de lana y paraguas. Ella en traje de casa.

GASPAR. *(Desde dentro.)* ¿En dónde está ese matrimonio ideal?

AMALIA. Aquí, aquí, pasen ustedes.

ANTONIO. Adelante.

GASPAR. *(Por foro, precediendo a Pepita y quedándose como extasiado.)* ¡Admirable! *(Volviéndose a su hija.)* ¿Lo ves? Ahí los tienes..., siempre igual..., como dos chiquillos, como si se hubiesen casado ayer mañana.

AMALIA. Pero don Gaspar, por Dios, si es que este hombre no podía...

GASPAR. No me dé usted explicaciones, señora. Si precisamente esto es lo que me encanta. Se lo venía diciendo a Pepita por la escalera. Ya verás, ya verás cómo los encontramos amartelados.

AMALIA. Este don Gaspar...

PEPITA. Sí que es verdad.

GASPAR. Les tengo a ustedes una envidia loca. ¡Palabra! No he conocido en mi vida matrimonio más feliz. Cuántas veces se lo he dicho a mi hija: no le pido a Dios mas que una cosa: que el día que te

cases des con un hombre tan bueno como Antonio.

ANTONIO. Ah, pues dará..., dará seguramente porque se lo merece. Ella es muy buena.

GASPAR. ¿Quién? ¿Pepita? Un ángel.

AMALIA. Pero vengan ustedes a ver mi gabinete. *(Todos se acercan a puerta derecha.)* Eh, ¿qué tal? ¿Qué le parece a usted, vecino?

GASPAR. Precioso, señora.

PEPITA. Pero aquí ha habido una transformación completa. Lo han renovado ustedes todo.

AMALIA. Todo, todo, desde la alfombra hasta los cuadros.

ANTONIO. Ha quedado muy bien, ¿verdad?

PEPITA. Muy bonito. ¡Qué lástima que sea para alquilar!

GASPAR. Sí que es una pena que no lo disfruten ustedes.

AMALIA. Qué quiere usted, don Gaspar; no hay más remedio.

ANTONIO. Hay que vivir.

GASPAR. Es verdad, hay que vivir. La vida es dura.

ANTONIO. Ni dura ni blanda. La vida es... como es... un conjunto muy complicado de cosas muy diversas.

GASPAR. Que a la postre suelen dar un resultado muy poco apetecible.

ANTONIO. Unas veces, sí, y otras veces, no.

GASPAR. Sí, sí, ya sé que usted está satisfecho de la vida.

ANTONIO. Unas veces, sí, y otras veces, no. Yo nunca he creído en las clasificaciones definitivas. La vida no es buena, la vida no es mala, es mala y buena, unas veces buena y otras veces mala. Nadie tiene

la exclusiva de la felicidad ni del dolor. Ni el dolor ni la felicidad existirían sin contraste. Todos llevamos abierta una cuenta corriente con un haber diario de penas y alegrías. Si al hacer el balance la mayoría de las veces el resultado nos aterra, no es que haya gran diferencia en los valores, es que los justipreciamos mal y, naturalmente, nos sale mal la suma. La vida no es buena, don Gaspar, pero tampoco es mala. Somos nosotros los que no sabemos soportar con resignación los momentos malos ni aprovecharnos de los instantes buenos, que los hay, don Gaspar, crea usted que los hay.

GASPAR. ¡Cómo se conoce que no ha sufrido usted!

ANTONIO. ¡Quién no ha sufrido en este mundo, don Gaspar! Todos hemos sufrido.

GASPAR. Pero no todos hemos encontrado compensaciones.

ANTONIO. Todos.

GASPAR. Crea usted que yo...

ANTONIO. ¿Es que poseer una hija como Pepita no es por sí solo la compensación de todos los dolores?

GASPAR. ¡Hombre!

ANTONIO. Conteste usted sinceramente. ¿Por qué otra alegría la cambiaría usted?

GASPAR. Ah, eso, no. Por ninguna.

ANTONIO. Entonces...

GASPAR. Tiene usted razón.

PEPITA. Gracias, papá.

GASPAR. ¿Ustedes no han tenido hijos?

ANTONIO. No. Conchita es del primer matrimonio de Amalia.

GASPAR. Sí, sí, ya lo sé. Yo me refería a ustedes.

ANTONIO. Nosotros, nunca.

GASPAR. ¡Qué lástima! Es lo único que les faltaba para ser absolutamente perfectos.

PEPITA. Por Dios, papá, no digas tonterías. Conchita para Antonio es como si lo fuera. La ha criado desde chiquitita. No conoció más padre que él... ¡Qué más dará!

GASPAR. No, no es lo mismo.

ANTONIO. Lo mismo, exactamente; digo lo que Pepita: ¡qué más da!

GASPAR. Usted habla así porque no tiene hijos. Si los tuviese ya vería usted qué diferencia de cariño, ¡qué enorme diferencia! Hay cosas que sólo sintiéndolas se pueden comprender.

ANTONIO. Puede que sea verdad, no lo discuto. Yo no he tenido hijos y, por lo tanto, no le puedo decir cómo se quieren. Lo que sí le anticipo, de lo que sí estoy cierto es de que creo difícil que si fuera hija mía la quisiera más.

AMALIA. Pues yo le añadiré a usted otra cosa que le parecerá más rara todavía: ella le quiere a él más que a mí.

GASPAR. Señora, por Dios, no diga usted tonterías.

AMALIA. Pero si es verdad. Que lo confiese él mismo. ¿Es cierto o no que Conchita te quiere más que a mí?

ANTONIO. *(Riendo.)* No, mujer..., más, no.

AMALIA. Diga usted que sí, don Gaspar.

ANTONIO. No le haga usted caso, don Gaspar; son celitos de madre.

GASPAR. Caray, muy justos si así fuese. Pero tranquilícese usted, señora, que no lo es. Por muchas ilusiones que su marido de usted se haga, hay algo

aquí dentro que no engaña nunca. No hay más que un afecto verdadero en el mundo... ¡uno!, que está siempre por encima de todo: ¡la voz de la sangre! Usted es su madre, y una madre siempre es una madre. Pero, caramba, ¿sabe usted que es tardísimo? Y nosotros charla que te charla. Vaya, Antonio, vámonos.

ANTONIO. El caso es...

GASPAR. ¿Qué?

ANTONIO. Que no me he desayunado.

GASPAR. ¡Pero hombre!

AMALIA. No le regañe usted, don Gaspar. No tiene él la culpa. La tengo yo, mejor dicho la tiene el gabinete. Trajeron los muebles muy temprano, me puse a trajinar con la chica y no me acordé de despertarle.

ANTONIO. Bueno, pero es lo mismo. Vámonos, don Gaspar.

AMALIA. *(Reteniéndole.)* ¡De ninguna manera! ¡Cómo te vas a ir sin desayunarte!

GASPAR. Tiene razón Amalia. De ninguna manera. Ante todo el estómago. Desayune usted tranquilamente y perdone que no le aguarde. Yo lo haría con muchísimo gusto, pero ya sabe usted cómo las gastan en mi oficina.

ANTONIO. Caramba, don Gaspar, no sabe usted cómo me contraría...

GASPAR. Nada, nada, a desayunar y que aproveche. Hasta luego. ¿Tú te quedas, hijita?

PEPITA. Si no te sabe mal...

GASPAR. ¿A mí?

AMALIA. Usted... ¿la deja?

GASPAR. ¿Que si la dejo? ¡Ay, Amalia, qué cosas

dice usted! Yo no sé la confianza que inspirará una madre porque la de esta pobre criatura se la llevó Dios demasiado pronto, pero por mucha que fuera no sería mayor que la que usted me ofrece.

AMALIA. Gracias, don Gaspar.

GASPAR. No tengo mas que esta hija y no le pido a Dios mas que una cosa: que sea tan buena como usted. Es usted, Amalia, la mujer más buena que conocí en mi vida.

PEPITA. Papá, que vas a llegar tarde.

GASPAR. Sí, sí, es verdad. Vaya, adiós.

PEPITA. Adiós, papaíto. *(Le besa.)*

AMALIA. Adiós, don Gaspar.

GASPAR. Hasta luego. *(Vase por foro.)*

ANTONIO. Me ha contrariado eso de su papá de usted.

PEPITA. Claro, se han habituado ustedes a salir juntos todas las mañanas. Si no hay nada peor que una costumbre.

ANTONIO. *(A Amalia.)* Debiste dejarme salir. Después de todo yo me habría desayunado en cualquier parte.

AMALIA. Bueno, hijito, pues ahora no pierdas ya más tiempo. ¡Felipa!

FELIPA. *(Dentro.)* Señora...

AMALIA. El desayuno del señor. *(A Antonio.)* Anda.

ANTONIO. ¿Ustedes gustan?

PEPITA. Que aproveche.

Vase Antonio por foro.

ESCENA IV

Amalia y Pepita.

PEPITA. *(Asomándose a puerta derecha.)* Qué linda, qué bonita ha quedado esta habitación.

AMALIA. ¿Verdad que sí?

PEPITA. A mí, por lo menos, me gusta muchísimo. Pero qué lástima; digo lo que antes, qué lástima que no la disfruten ustedes. ¿No le da a usted pena, Amalia, tenerla que alquilar?

AMALIA. Mujer, qué sé yo... Por una parte, sí...; por otra, como ya me he hecho a ello... Claro que es molestísimo inmiscuir en la familia a una persona a quien no se conoce, pero también hay que tener en cuenta que, si no fuese así, no podríamos vivir en esta casa. Con lo que me dan por el gabinete me sale en veinte duros. Tal como están las cosas, con lo cara que se ha puesto la vida, ¿dónde podríamos ir a pagar veinte duros?

PEPITA. Sí; eso es verdad.

AMALIA. Pues esa es la razón.

PEPITA. De todos modos para usted ha de ser muy molesto.

AMALIA. No; para mí, no. En todo caso para la muchacha. Yo no entro en la habitación mas que lo estrictamente indispensable para darme cuenta de que todo está bien. Ni más ni menos que el resto de la casa. Todo lo que se refiere al servicio corre, naturalmente, de cuenta de la chica. En este punto la molestia no es grande. Se conlleva bien.

PEPITA. Sí, siendo así... Lo malo sería la pensión completa.

AMALIA. Ah, no, no; de ninguna manera. Eso sí que no. Yo no alquilo mas que el gabinete solo. Nada de asistencia.

PEPITA. Como don Jerónimo comía con ustedes...

AMALIA. Don Jerónimo fué un caso excepcional. Don Jerónimo llevaba diez años viviendo con nosotros. Era un caballero, un hombre correctísimo..., un santo. Y a pesar de todo no entró tampoco con esta condición.

PEPITA. Ah, yo creía...

AMALIA. No, no...; entró sin asistencia. El gabinete solo. Él comía en La Peña. Lo que ocurrió fué que un día, llevando ya bastante tiempo en casa, tuvo una fiebre gástrica, un amago de tifus..., la convalecencia fué larga, le cuidamos muy bien..., naturalmente, como él se merecía; él lo agradeció mucho...; sin darnos cuenta la asistencia se fué prolongando y cuando quisimos recordar era muy violento para todos tratarle como a un huésped cualquiera.

PEPITA. Verdaderamente era muy bueno don Jerónimo. Y les quería a ustedes mucho.

AMALIA. Y nos sigue queriendo. No pasa una semana sin que recibamos carta suya.

PEPITA. ¡Pobre hombre! Qué disgusto tenía cuando se marchó.

AMALIA. Y nosotros también. Crea usted que también nosotros lo sentimos mucho. En fin, él volverá.

PEPITA. ¿Cree usted que volverá?

AMALIA. Seguramente. En cuanto le jubilen. Don Jerónimo era aquí magistrado. Ahora es presidente de Audiencia. Le faltan tres años para jubilarse.

En cuanto le jubilen vuelve aquí. Nos lo ha dicho.

PEPITA. Entonces, ¿por qué no le aguardan ustedes?

AMALIA. Son tres años, Pepita.

PEPITA. Vamos, Amalia, ¿me va usted a decir a mí que no pueden ustedes esperar tres años?

AMALIA. Mujer, si fuera indispensable...

PEPITA. Lo está usted viendo...

AMALIA. Pero como no lo es..., ¿por qué perder entre tanto una buena ocasión si se presenta?

PEPITA. ¿Se enfadaría usted mucho conmigo si me atreviese a decirle una cosa?

AMALIA. ¿Cuál?

PEPITA. No me atrevo.

AMALIA. Dígala usted.

PEPITA. ¿De veras no se va usted a enfadar?

AMALIA. ¡Qué tontería! ¿Por qué?

PEPITA. Bueno, pues digo que me parecen ustedes demasiado... llorones. Sí, sí, llorones. Se quejan ustedes demasiado de vicio. Yo no quisiera meterme en interioridades; pero, caramba, ustedes viven bien, no carecen de nada... Su marido gana bastante, Concha tiene un buen sueldo.

AMALIA. No, perdone usted. Con el sueldo de Concha no se puede contar. Es para ella.

PEPITA. ¡Cómo!

AMALIA. Exclusivamente para ella. En este punto Antonio es de una intransigencia inapelable. No consiente que se distraiga un céntimo. Es criterio cerrado.

PEPITA. No sabía...

AMALIA. ¿No lo sabía usted?

PEPITA. No, Conchita nunca me dijo nada.

AMALIA. Pues sí, hija mía; con lo de Concha no

se puede contar. En esta casa no hay mas que lo que gana Antonio.

PEPITA. Pero de todos modos Antonio gana mucho.

AMALIA. Sí..., relativamente...; gracias a Dios no podemos quejarnos. Hasta ahora vamos bien. Pero, ¿y mañana? No se puede vivir sólo del presente, hija mía; hay que pensar un poco en el futuro. Nadie sabe lo que puede ocurrir.

PEPITA. Vamos, vamos, Amalia, no hay que extremar las cosas.

AMALIA. Si yo no las extremo.

PEPITA. En fin, allá ustedes. Ustedes saben mejor que yo lo que deben hacer. Y sobre todo, perdóneme que me haya metido en lo que no me importa.

AMALIA. Por Dios, Pepita, usted tiene confianza para eso y para mucho más. ¡No faltaría otra cosa!

PEPITA. Yo lo decía únicamente porque, la verdad, encuentro muy molesto eso de meter en casa a una persona a quien no se conoce.

AMALIA. En este punto es posible que tenga usted razón. También a mí me preocupa bastante. No por mí, claro es, que yo no voy a estas alturas a asustarme de nada, sino por Conchita. Cuando vino don Jerónimo a vivir con nosotros Conchita tenía trece años..., era una criatura. No había para qué preocuparse de nada. Ahora el caso es distinto. Tiene veintitrés, y aunque ella es muy formal y muy juiciosa hay que tener muchísimo cuidado en ver a quién se dmite. Todos sabemos lo que son los hombres.

PEPITA. Yo no me atrevía a decirlo, pero a eso precisamente quería referirme.

AMALIA. No, no; si nosotros también lo hemos pensado y nos preocupa mucho. Todos estamos de

perfecto acuerdo en que hay que tomar toda clase de garantías.

PEPITA. Ya lo creo.

AMALIA. Pero están tomadas. ¿Usted no ha visto la forma en que hemos redactado el anuncio?

PEPITA. No.

AMALIA. ¡Cómo! ¿No lo ha leído usted? Pues aquí está. *(Cogiendo un periódico que habrá caído en cualquier parte, doblándole por la última plana y leyendo):* Familia distinguida cede gabinete con todo confort a caballero respetable y de absoluta honorabilidad.

PEPITA. Muy bien. Yo lo encuentro muy bien.

AMALIA. A mí me parece que con esto está dicho todo.

ESCENA V

Amalia, Pepita y **Antonio.**

ANTONIO. *(Por foro.)* Bueno, ya me he desayunado. Ah, ¿estaban ustedes leyendo el anuncio?

AMALIA. Pepita dice que lo encuentra muy bien.

PEPITA. Muy bien.

ANTONIO. Demasiado austero. Quizá amenazador. Puede que alguien sospeche si le obligaremos a rezar el rosario.

AMALIA. Más vale que piensen eso que otra cosa.

ANTONIO. No, no; si en el fondo está bien. Es una manera de salir al paso.

AMALIA. Naturalmente.

ANTONIO. Bueno, adiós. Yo me voy si ustedes no me mandan otra cosa.

PEPITA. Nada, don Antonio, que se divierta usted.

ANTONIO. Adiós, Pepita.

AMALIA. Oye, a la vuelta tráete un poco de fruta, que no hay postre.

ANTONIO. ¿Y por qué no lo trae la chica?

AMALIA. Ay, hijo, porque comprándola la chica me sale muy cara.

ANTONIO. Y pagándola yo no entra en la cuenta. Habilidades de ama de casa. Aprenda usted, Pepita. Bueno, mujer, te la traeré. Adiós.

(Suena un timbre.)

AMALIA. Aguarda, que han llamado.

ESCENA VI

Dichos y Felipa.

FELIPA. *(Por foro, sin pasar de la puerta.)* Aquí hay un señor que desea ver el gabinete.

AMALIA. *(Adelantándose.)* ¿Qué tipo tiene?

FELIPA. Es un señor muy elegante, muy bien vestido.

AMALIA. ¿Joven?

FELIPA. No, nada de joven... al contrario... es un señor formal... como el señor... Más viejo todavía.

AMALIA. Bueno, pues... espere un momento. *(A Antonio.)* Oye, recíbele tú.

ANTONIO. Mujer, si para mí es muy tarde... Hace media hora que debería haber salido.

AMALIA. Son diez minutos más. Y usted también, Pepita, hágame el favor... mientras me arreglo un

poco y me pongo un vestido. ¡Cómo le voy a recibir con estas trazas!

ANTONIO. Bueno, bueno, anda y despacha pronto. *(A Felipa.)* A ese caballero que pase.

(Vanse Felipa por foro y Amalia por izquierda.)

ESCENA VII

Pepita, Antonio y **Eugenio.**

ANTONIO. Adelante, señor, tenga usted la bondad de pasar.

EUGENIO. *(Por foro.)* Con mucho gusto.

ANTONIO. Me ha dicho la muchacha que deseaba usted ver el gabinete...

EUGENIO. Sí, efectivamente. Hace unos cuantos días que ando buscando casa. Acabo de leer el anuncio y... ¿de modo que es aquí?

ANTONIO. Sí, señor; aquí es.

EUGENIO. ¿Y puede verse ahora?

ANTONIO. Sí, señor, ahora mismo.

EUGENIO. ¿Es... éste?

ANTONIO. No, es aquél. *(Señalando puerta derecha.)* Este no está en condiciones de ofrecérselo a nadie. Es aquél.

EUGENIO. Ya.

ANTONIO. Aquel es... otra cosa. Ahora lo verá usted.

EUGENIO. Sí, sí, ahora lo veremos. ¿Me permite usted antes que descanse un poco?

ANTONIO. ¡No faltaría más! Todo lo que usted quiera,

EUGENIO. *(Sentándose.)* Me ha fatigado mucho la escalera.

ANTONIO. ¡Cómo la escalera! ¿Pues no ha subido usted en el ascensor?

EUGENIO. No funcionaba.

ANTONIO. ¡Qué extraño! Si este ascensor no se entorpece nunca. Precisamente es lo bueno que tiene. ¿Qué le habrá sucedido? A ver, Pepita, pregunte usted al portero...

EUGENIO. No se moleste usted. Ya lo he preguntado yo. No tiene nada. Una avería insignificante que quedará compuesta dentro de media hora.

ANTONIO. Ah, vamos... Pero ¿cómo lo sabe usted?

EUGENIO. He procurado informarme por la cuenta que me tenía. Si no me hubiera convencido el portero no me habría molestado en subir. Perdone usted la franqueza. Yo no puedo subir escaleras. Me fatigo, me ahogo... Y al propio tiempo no quiero tampoco habitaciones bajas. Necesito aire puro, mucho sol, mucha luz... yo soy un apasionado del aire y de la luz.

ANTONIO. Pues aquí no le faltarán a usted. El gabinete tiene dos balcones y orientación a mediodía, lo cual quiere decir que en este tiempo tendrá usted sol desde que nace hasta que se pone.

EUGENIO. Muy agradable.

ANTONIO. En cambio en el verano...

EUGENIO. El verano no me preocupa. Por lo menos el rigor del verano no lo pasaré aquí.

ANTONIO. ¿Desea usted alquilar la habitación sólo para este invierno?

EUGENIO. No, no, por todo el año. Ojalá pueda decir que para siempre si me acomodo bien. Soy hombre poco amigo de mudanzas. En donde me es-

taciono allí me quedo. Ahora que en verano los médicos me aconsejan la Sierra. El calor me perjudica mucho. Pero esto es cuenta mía. Si tomo la habitación, aunque esté ausente, la seguiré abonando y ustedes por su parte me la reservarán.

ANTONIO. Desde luego, señor.

EUGENIO. Supongo que será independiente.

ANTONIO. En absoluto. Tiene dos puertas—ahora lo verá usted—una, la principal, que comunica directamente con el pasillo y esa otra que da a esta habitación.

EUGENIO. De manera que no es indispensable el entrar por aquí.

ANTONIO. Nada de eso. Todo lo contrario. Esta puerta queda inutilizada. Se cierra, se corren las cortinas... *(Haciéndolo.)*

EUGENIO. Muy bien.

ANTONIO. Y si usted quiere utilizarla..., la utiliza. *(Descorriendo de nuevo las cortinas.)*

EUGENIO. Muy bien. Me parece muy bien. Esto es precisamente lo que yo deseaba. Esto era mi ideal. Independencia absoluta dentro de una familiar convivencia. Yo he vivido casi siempre en hoteles.

PEPITA. ¿No tiene usted familia?

EUGENIO. No, soy solo. Completamente solo. Hace ya mucho tiempo que no tengo a nadie.

PEPITA. Debe ser muy triste vivir así.

EUGENIO. Muy triste, señorita. Sobre todo cuando se llega a cierta edad. Cuando uno es joven no suele preocuparse de estas cosas. La vida es tan intensa, se viven tan de prisa las horas del presente que no queda un momento de reposo para pensar en el porvenir. Se cree de buena fe que la felicidad estriba en el

logro de lo que hemos dado en llamar los grandes ideales, la gloria, la ambición, el amor, la fortuna... Luego se aprende que hay otra cosa que vale mucho más que todo eso: la tranquilidad. Lo malo es que esta verdad, como casi todas, se aprende, por desgracia, demasiado tarde, cuando ya no se pueden aprovechar sus beneficios, cuando la rectificación no es ya posible. Sería necesario comenzar de nuevo, y la vida no camina hacia atrás.

PEPITA. Sin embargo, usted es un hombre joven todavía.

EUGENIO. He trabajado mucho, señorita, he luchado mucho y he padecido mucho. Estoy muy cansado y me encuentro muy viejo..., viejo de alma, que es la peor vejez. Por eso aspiro, ya que no pueda conseguir otra cosa, a buscar para el resto de mi vida un lugar de sosiego donde me traten bien. He aquí lo que busco y a lo que he venido. Cada día que pasa me da más miedo la fría hostilidad de los hoteles. Me horroriza pensar que una noche cualquiera pueda ponerme malo y no tener a la cabecera de la cama un alma piadosa que me acompañe y me consuele. La soledad me aterra. Yo necesito convivir con alguien, encontrar alguien que por mí se interese, hallar, sea como sea, un poco de afecto y de calor de hogar. Será presentimiento, será corazonada, será acaso tan sólo un espejismo de mi impaciencia y mi deseo, pero este breve desahogo que acabo de tener con ustedes me ha confortado mucho; no sé por qué me ha dado la esperanza de que voy a encontrar en ustedes lo que vengo buscando.

ANTONIO. Por nuestra parte, crea usted, señor, que también nosotros lo celebraríamos.

EUGENIO. En fin, perdonen ustedes que les haya entristecido con mis penas. Si me quedo aquí ya tendremos tiempo y ocasión para hablar más despacio y conocernos más íntimamente. ¿Podría usted enseñarme el gabinete?

ANTONIO. Cuando usted guste.

EUGENIO. ¿Por aquí o por allí?

ANTONIO. Por donde usted quiera. Iremos por aquí, que se llega más pronto.

Salen los tres por puerta derecha. Hay una pausa y luego se los oye hablar dentro.

EUGENIO. Hombre, está muy bien esto. Me agrada esta habitación.

ANTONIO. Ya sabía yo que había a usted de gustarle.

PEPITA. Se habrá usted fijado que el mobiliario es nuevo.

EUGENIO. Lo veo. Está impecable.

ANTONIO. Está sin estrenar. Por lo demás amplia, espaciosa, perfectamente ventilada...

EUGENIO. Nada, nada; le digo a usted que me gusta.

Entra Amalia por izquierda cambiada ya de traje. Atraviesa la escena y al llegar cerca de puerta derecha se detiene de pronto con un ademán de sorpresa y de espanto, y, lentamente, va retrocediendo hasta ocultarse detrás de las cortinas de puerta izquierda.

EUGENIO. *(A Antonio, ya en escena otra vez con él y con Pepita.)* No se moleste usted. No faltaba más.

ANTONIO. Si yo salgo también. Iba a hacerlo precisamente cuando usted llegó.

EUGENIO. Ah, pues siendo así saldremos juntos.

ANTONIO. Con muchísimo gusto.

EUGENIO. Tengo abajo un taxi. Le dejaré a usted donde usted quiera.

ANTONIO. Eso sería ya demasiada molestia.

EUGENIO. No tengo nada que hacer.

ANTONIO. En ese caso...

EUGENIO. *(A Pepita.)* A los pies de usted, señorita.

PEPITA. Beso a usted la mano.

Vanse los dos por foro.

ESCENA VIII

Pepita y **Amalia.** *(Por izquierda.)*

AMALIA. *(Saliendo.)* ¿Se han ido ya?

PEPITA. Ahora mismo se han marchado los dos. Qué hombre tan agradable. Todo un caballero. Cuánto siento que no le haya usted visto. Le habría agradado a usted. Es muy simpático. Seguramente congeniarán ustedes.

AMALIA. ¡Pero se ha quedado con la habitación!

PEPITA. Concretamente no han convenido nada, pero... a mí me parece que se va a quedar.

AMALIA. ¡Imposible!

PEPITA. Yo creo que sí. El por lo menos se ha ido muy bien impresionado...

AMALIA. Oh, no; de ninguna manera. Ese hombre no puede estar aquí. ¡Sería espantoso!

PEPITA. Pero usted ¿le ha visto? ¿Usted sabe quién es?

AMALIA. Sí. Le he visto.

PEPITA. Y...

AMALIA. No sé, no sé..., quizá una ofuscación. ¡Hace ya tantos años!... Pero la voz, el gesto, la figura... ¡Qué horror si fuera él!

PEPITA. Pero usted ¿quién cree que es?

AMALIA. ¡Mi marido!

PEPITA. ¡Su marido de usted! ¿El padre de Conchita?

AMALIA. Sí.

PEPITA. Pero ¿no había muerto? *(Amalia no responde.)* ¿De modo que vive su primer marido?

AMALIA. El primero, el único. Yo no tengo más marido que ése.

PEPITA. Jesús, Jesús. Y Conchita ¿lo sabe?

AMALIA. Concha lo sabe todo.

PEPITA. ¿Conchita sabe que su padre vive?

AMALIA. No, eso, no. No lo sabíamos nadie. Todos creíamos que ese hombre había muerto.

PEPITA. Entonces haría muchísimo tiempo que no le veía usted.

AMALIA. Me dejó a los tres años de casada con una criaturita de año y medio.

PEPITA. ¡Qué horror! ¿De manera que la dejó a usted sola?

AMALIA. Peor que sola. Sola me hubiera defendido. Bien o mal habría encontrado una manera honesta de vivir. Pero, ¡la nena! ¡Qué hacía yo con Conchita! Usted no sabe lo que es el estorbo de una criatura, lo que ata a una mujer una niña pequeña. Entonces fué cuando conocí a Antonio. Se apiadó de mí, me tuvo lástima, me prestó aliento y me ofreció su ayuda. ¡Qué podía yo hacer más que aceptarla! Bien sabe Dios que no lo hice por mí. Fué por mi hija, por ella, única y exclusivamente por ella; ¡se lo juro a

usted! No es que me pese. Si hoy con la experiencia que tengo de la vida, cien veces me volviera a encontrar en esas circunstancias, cien veces volvería a hacer lo mismo. Usted no tiene idea de lo que es ese hombre, lo que ha luchado, lo que ha trabajado, lo que se ha sacrificado por nosotras.

PEPITA. Lo sé; sé que Antonio es muy bueno.

AMALIA. Y ahora todo de pronto destrozado de golpe. El oprobio, la vergüenza, el escándalo... ¡Sabe Dios, sabe Dios! Porque cualquiera adivina lo que piensa ese hombre, qué idea le ha traído, cuáles son sus propósitos...

PEPITA. ¿No le parece a usted un poco extraño, suponiendo que, en efecto, sea él, el modo que ha tenido de presentarse?

AMALIA. Sí, muy extraño..., todo esto es muy extraño.

PEPITA. Yo no sé..., no sé, pero por la manera como se ha conducido yo juraría que él no sabe tampoco...

AMALIA. ¿Usted cree?

PEPITA. Yo creo que ha venido por casualidad.

AMALIA. ¡Eso es absurdo!

PEPITA. Entonces ¿cómo se explica usted?

AMALIA. Yo no me explico nada. Estoy aturdida. No sé lo que me pasa. Lo único que sé es que él está en Madrid, y esto es lo grave, esto, esto, únicamente esto. Lo demás ¡qué importa! Que haya venido por casualidad o sabiendo a qué viene, para mí no tiene trascendencia ninguna ni modifica en nada la gravedad del lance. Para mí lo tremendo es que él está en Madrid. Estando en Madrid, tarde o temprano, tenemos que encontrarnos frente a frente. Que sea aquí

o en cualquier otro lado para el caso es lo mismo. El conflicto es igual.

PEPITA. Cálmese usted, Amalia, tranquilícese usted. Está usted muy nerviosa.

AMALIA. ¡Y cómo no he de estarlo! ¿Usted sabe lo que es vivir más de veinte años seguidos con un hombre mimada, halagada, idolatrada, enaltecida, respetada por todos, haber creado un hogar y una familia, soñar con la esperanza de legalizar todo esto, de poder ir un día con la cabeza alta, sin avergonzarme ante nadie, y ver cómo de pronto, en un momento todo se desmorona?... ¡Es horrible, Pepita, es espantoso!

PEPITA. Sí, muy horrible.

AMALIA. Pues contra eso protesto. ¡Cómo no quiere usted que me rebele!

PEPITA. Cálmese usted, Amalia, cálmese..., tenga tranquilidad. Puede que no sea él. Y si no es él ¿a qué tomarse tontamente el disgusto? Y si lo fuera pues también es preciso que se domine usted, que no se excite... Yo creo que en estas cosas es precisamente cuando se necesita mayor serenidad.

AMALIA. Sí, sí, es verdad..., tiene usted razón, pero ¡Dios mío! *(Suena un timbre. Ella sobresaltada.)* ¡Ay, Pepita!

PEPITA. Calma, calma...

FELIPA. *(Atravesando lentamente por el forillo.)* Por aquí, por aquí.., pase usted por aquí...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

Amalia *y* **Pepita** *sentadas en el sofá en actitud de proseguir la conversación que sostenían cuando cayó el telón.* **Antonio** *entra por foro muy de prisa con el sombrero y el gabán puestos; al ver a* **Pepita** *se detiene contrariado, se descubre y queda un momento indeciso en medio de la escena.*

AMALIA. *(Se levanta al ver a Antonio y sale a su encuentro.)* ¿Qué? *(Antonio vacila.)* Habla, puedes hablar sin miedo. Pepita lo sabe todo. Es él, ¿verdad?... ¡Es él!

ANTONIO. Sí, él; pero ¿cómo lo sabes tú?

AMALIA. ¡De manera que es él!

ANTONIO. Pero, ¿en qué quedamos? ¿Lo sabías o no?

AMALIA. No, no lo sabía... Me pareció, pero no estaba cierta. Me quedaba la duda.

ANTONIO. Pues no la tengas ya. *(Se despoja del gabán y lo tira sobre una silla.)*

AMALIA. *(A Pepita.)* ¿Ve usted, Pepita, ve usted cómo tenía yo razón? Y usted me porfiaba...

PEPITA. Por animarla nada más. Estaba usted tan nerviosa...

AMALIA. *(Encarándose con Antonio.)* Pero, ¡cómo le has dejado venir!

ANTONIO. ¿Ha venido? ¿Está aquí?

AMALIA. No ha venido, pero vendrá. Mandó ya el equipaje. Y es lo que no me explico. ¡Cómo si tú sabías!...

ANTONIO. Yo no sabía nada. ¡Qué había de saber! Cuando me enteré ya no tenía remedio.

AMALIA. Tú debías haberle preguntado...

ANTONIO. Estas cosas no se preguntan cuando un hombre se presenta en la forma correctísima en que él se presentó. Puesto que hablaste con Pepita supongo que te habrá referido...

AMALIA. Me lo ha contado todo.

PEPITA. Todo, todo; palabra por palabra.

ANTONIO. Entonces ya habrás visto cómo no hubo manera.

AMALIA. Bueno, pero después...

ANTONIO. Después salimos juntos. Tenía abajo un taxi. Me invitó a ir con él.

AMALIA. Y en el coche ¿no te dijo nada?

ANTONIO. Sí, entonces fué cuando me dijo que le gustaba la habitación, que desde luego se quedaba con ella y que ya tendríamos tiempo de charlar más despacio.

AMALIA. Y... ¿nada más?

ANTONIO. No hubo ocasión de más.

AMALIA. De todos modos fué un exceso de confianza tuya.

ANTONIO. Nunca se peca por exceso en cuestiones de buena educación. Cuando entre personas de-

centes se obra de buena fe uno cree siempre que los demás proceden de la misma manera. ¿Qué motivos tenía yo para recelar de él? ¡Quién iba a suponer que ese hombre fuese!... Nada, ni lo pensé. Ni la menor sospecha.

AMALIA. Entonces ¿cómo te has enterado?

ANTONIO. Me enteré al despedirme. Yo iba muy nervioso, muy impaciente, con muchísima prisa. Era muy tarde, tenía mucho que hacer... Me dejó en la puerta de Gobernación. Cambiamos las tarjetas. Le di la mía, él me dió la suya...

AMALIA. Pero al leer la tarjeta...

ANTONIO. La leí traspasada la acera, ya en el Ministerio. Él siguió su camino. Cuando volví a salir sabe Dios dónde estaba ya el taxi.

AMALIA. ¡Qué extraño es todo esto!

ANTONIO. No, extraño, no; es violento, molesto, muy desagradable, pero extraño, ¿por qué? Lo extraño, lo extraordinario es que en veinte años no haya ocurrido antes.

AMALIA. Ah, de manera que tú lo encuentras natural...

ANTONIO. No sé lo que entiendes por natural. Si te refieres a la posibilidad material de que pueda ocurrir ya ves que es natural, puesto que ha sucedido.

AMALIA. A mí me parece demasiada casualidad.

ANTONIO. No te preocupes de eso. La vida entera no es mas que un tejido de casualidades desde el comienzo al fin, incluyendo, naturalmente, el comienzo y el fin. La misma muerte, el mismo nacimiento, ¿qué son más que casualidades? Morimos cuando menos lo esperamos. Y si es el nacimiento ¡cuántos deseos

se malogran y cuántos seres que no se quisiera que naciesen, nacen! Todo es casualidad, casualidad. Y si la palabra no te gusta por poco convincente aplica otra que quizá te parezca mejor, más adecuada: Fatalidad. En el fondo es lo mismo.

AMALIA. De modo que tú crees que Eugenio viene ignorante de todo...

ANTONIO. Incuestionablemente.

AMALIA. Esa es también la opinión de Pepita.

ANTONIO. Y de todo el que haya hablado diez minutos con él. Lo contrario sería de un cinismo y una desfachatez inconcebibles.

AMALIA. ¿Y no te parece más inconcebible que no sabiendo nada venga a caer aquí, precisamente aquí?

ANTONIO. No, él, según me ha contado, lleva cerca de un mes buscando habitación. Ha visto muchas, pero por unas o por otras razones hasta ahora no le agradó ninguna.

AMALIA. Tenía que ser... ¡ésta!

ANTONIO. Alguna había de ser.

AMALIA. Sí, sí, tienes razón. Es ¡la fatalidad!

ANTONIO. Fatalidad, casualidad..., es lo mismo. No te detengas en palabras. El hecho incuestionable es que ese hombre vive, que yo he hablado con él, que va a venir a casa de un momento a otro y que a estas horas ni tú ni yo sabemos todavía lo que vamos a hacer. Esto es lo grave, lo único que verdaderamente nos debe preocupar. Lo demás son minucias que no valen el tiempo que se pierde en ellas. Con que vamos a ver: ¿Tú qué has pensado?

AMALIA. Dios mío..., yo no sé... Yo no he pensado nada. Estoy aturdida.

ANTONIO. Pues es preciso que te sobrepongas.

AMALIA. Yo creo que lo mejor sería decirle que no alquilamos ya la habitación.

ANTONIO. ¿Y qué? ¿Qué lograrías con eso? ¿Aplazar el conflicto? ¿Evitar la violencia del encuentro aquí? ¿Pero no comprendes que si no ocurre aquí pasará en otro lado, que si no es hoy sucederá mañana? No te hagas ilusiones, hija mía. Desde el momento en que ese hombre va a vivir en Madrid, tarde o temprano tenemos que encontrarnos frente a frente. Que sea aquí o en medio de la calle, hoy o mañana, para el caso es igual, no resolvemos nada.

AMALIA. Sí, sí; tienes razón... Esto no tiene arreglo.

PEPITA. Amalia, yo me voy.

AMALIA. ¿Se va usted, Pepita?

PEPITA. Sí, me voy. Ustedes tienen necesidad de hablar. Son cosas muy delicadas, muy íntimas..., para tratar a solas... Ya volveré más tarde.

AMALIA. Cuando usted quiera.

PEPITA. Bajaré cuando venga Conchita aunque no sea mas que a saber qué ha pasado. Y si entre tanto algo necesitaran ya saben que pueden disponer de nosotros.

AMALIA. Muchas gracias, Pepita.

PEPITA. En absoluto, ¿eh?... En todo, para todo. Con toda confianza.

AMALIA. Gracias, gracias.

PEPITA. Vaya, adiós. *(A Amalia, que sale a despedirla.)* ¡Qué le va usted a hacer! Son cosas de la vida. Cuando la desgracia viene por derecho no hay más remedio que bajar la cabeza, que doblegarse ante lo que es más fuerte que nosotros.

AMALIA. Adiós, Pepita.

Pepita. Adiós, Amalia. Conformidad y valor. No, no se moleste usted. Sé yo salir.

Vase por foro.

ESCENA II

Amalia y **Antonio.**

Antonio. Has hecho mal en franquearte con Pepita. No has debido contarle nada. Ni estas cosas son para referirlas al primero que llega, ni Pepita es, por sus años, la más apropiada para ser confidente de estas intimidades.

Amalia. No pude remediarlo. Me cogió de improviso, tan de pronto... ¡Me puse tan nerviosa! Aparte de que al fin, después de todo habría sido lo mismo. ¡Qué hubiera conseguido con callar si mañana lo sabrá todo el mundo!

Antonio. Quizá no.

Amalia. Ah, ¿tú crees que un escándalo de esta naturaleza no va a trascender?

Antonio. Acaso no haya escándalo.

Amalia. ¿Por qué me dices eso? ¿Qué plan tienes?

Antonio. Ninguno. No tengo ningún plan. Como siempre, pienso exclusivamente limitarme a esperar los acontecimientos.

Amalia. Entonces es que supones que será él quien no dará el escándalo...

Antonio. No sé, no sé..., nada puedo decirte.

Amalia. No te entiendo.

Antonio. Lo único que te puedo decir es que en las pocas palabras que he cruzado con él, me ha dado la impresión de un hombre razonable, muy in-

teligente. Si en efecto lo es, si es en verdad un hombre razonable no puede pasar nada.

AMALIA. Vamos, tú crees que en cuanto llegue, así, sin más ni más, va a aceptar este estado de cosas.

ANTONIO. Eso es lo razonable.

AMALIA. No te hagas ilusiones.

ANTONIO. Pues él verá. No hay otra solución. Quiera o no quiera no tiene más camino. ¡Qué va a hacer! Piénsalo bien. ¿Tú qué imaginas que puede hacer?

AMALIA. No sé. Yo supongo que pretenderá ejercer sus derechos.

ANTONIO. ¡Sus derechos! ¿Cuáles? ¿Qué derecho puede alegar un hombre sobre una mujer a la que ha abandonado por su gusto, de la que no se ha ocupado para nada en veintidós años, conscientemente, deliberadamente, y con la cual se encuentra un día, de pronto, sin buscarla? ¿Tú crees que a un hombre que procede de esta manera le importa su mujer?

AMALIA. Su mujer, no; lo que su mujer hace quizá sí.

ANTONIO. ¿Y de quién es la culpa? Lógicamente, ¿es que puede acusarte de que la tengas tú? ¿Eres tú la causante de esta situación? Si ese hombre se arriesgase a promover en esta casa el escándalo que temes quedaría a los ojos de las gentes en situación más falsa todavía, mucho más desairada que tú.

AMALIA. No lo creas. Hiciese lo que hiciese, la mayoría de la gente lo encontraría bien. Para el mundo un marido siempre tiene razón.

ANTONIO. No, siempre, no. En este caso, no. Cuando se deja a una mujer sin recursos, sin medios de vida, expuesta a todas las contingencias del Destino

y no se tiene en veinte años la elemental preocupación de averiguar de qué manera ha salido adelante, no se puede alegar cuando llega el momento indignación, asombro ni extrañeza porque esa mujer haya rehecho su vida del único modo que le fué posible. Puesto en este trance un hombre puede hacerlo todo menos mostrarse sorprendido. Sorpresa, no. Ignorancia, no.

AMALIA. Contra todas las razones morales él tendrá siempre en su abono la razón de la ley.

ANTONIO. Indiscutible. De eso no hay ni qué hablar. Si él apela a la ley, la ley le ampara. Pero no apelará. ¡Cómo lo haría! ¿Para qué? ¿Con qué fin? ¿Para castigar un agravio?... Un agravio que casi ha consentido, que, por lo menos podía suponer que existía, ya que con su conducta dió motivos sobrados... ¿Para vengarse de nosotros... de mí, de ti...; sobre todo de ti?... ¡Mezquina decisión sería esa! No lo puedo creer. Complacerse a sabiendas en inferirte un daño como ese después de todos los que te ha producido sería un refinamiento de crueldad, una falta de escrúpulos, una perversidad de alma tan grande que yo no puedo concebir en él. Sería una acción villana y canallesca, y yo, a pesar de todo, me resisto a creer que tu marido es un canalla. Y si no es por vengarse, si no es por maldad, si no es por el placer de hacerte daño ¿para qué puede ser? ¿Para legalizar la situación con un divorcio... un divorcio español, es decir, la absurda y ridícula separación de cuerpos dejando intangible el férreo lazo de la indisolubilidad del matrimouio?... ¿Nada más que la separación? ¿Y para qué? ¿Qué objeto tendría eso? Aquí no hay bienes, ni medios de fortuna, no hay interés ninguno

material que administrar ni defender... no hay hijos menores, no hay patria potestad... no hay nada. ¿Qué situación resolvería el divorcio en estas condíciones? ¿Qué lograría con ello? Promover un escándalo, dar pábulo a la maledicencia, hacer que se enterara todo el mundo, remover lo que haya de triste y vergonzoso en nuestras vidas... en la nuestra, en la suya... No, eso no puede hacerlo. ¿Para obligarte a convivir con él? ¡Qué desatino! ¿Cómo es posible concebir siquiera que tal absurdo se le pueda ocurrir?

AMALIA. Entonces, ¿qué supones que hará?

ANTONIO. Nada.

AMALIA. Insistes todavía en que va a transigir...

ANTONIO. Nada de transigir. No tiene para qué transigir. Transigir es llegar a un acuerdo, a una avenencia y él no tiene por qué. Ni arreglos, ni avenencias, ni discusiones, nada... El debe limitarse a volverse a marchar.

AMALIA. Aceptando las cosas como están...

ANTONIO. Aceptando la vida como es. Ni él ni nosotros podemos reprocharnos de haber buscado esta violenta situación. Todos somos en ello igualmente culpables.

AMALIA. Seguramente él no lo creerá así.

ANTONIO. Si es razonable tiene que creerlo.

AMALIA. No lo querrá creer. Por encima de todo estará siempre su dignidad de hombre, su resquemor de marido ultrajado, la convicción de su derecho. Tú mismo reconoces que puede ejercitarlo.

ANTONIO. Cuando quiera. Desgraciadamente en este punto no cabe discusión. La ley es clara.

AMALIA. ¿No hay modo de evitarlo?

ANTONIO. No hay manera.

AMALIA. ¿Ni demostrando el abandono... ni siquiera la presunción de muerte?...

ANTONIO. Se necesitan treinta años y un expediente judicial que tú no has hecho.

AMALIA. Pero el abandono sí puedo demostrarlo. Yo puedo demostrar que él me ultrajó primero.

ANTONIO. Aunque lo demostraras. Un delito no justifica otro delito.

AMALIA. Aun así, aun así... Yo creo que aunque él se decidiese a presentar contra nosotros una querella, lo digo bien, ¿verdad?, querella de adulterio... tendría que probarlo, ¿qué podría argüir? Que yo vivo en tu casa... No es bastante. Tú eres un hombre solo. Puedes decir que me tienes por lástima, que me recogiste apiadado de mí... que soy tu ama de llaves...

ANTONIO. Argucias leguleyas. Todo eso no sirve para nada. Además es indigno. Decorosamente no se puede admitir. Hay que afrontar la vida cara a cara, hay que tener siempre la gallardía de aceptar la responsabilidad de los actos. Yo no la rehuí nunca. Desde el primer día de nuestra convivencia desconté la posibilidad de que esto sucediese, sabía desde luego a lo que me exponía y, sin embargo, lo acepté y lo sigo aceptando. Te repito que no creo que suceda nada; pero si sucede...

AMALIA. ¿Qué?

ANTONIO. El tendrá la culpa.

AMALIA. ¿Qué quieres decir?

ANTONIO. Nada, sosiégate; no pasará nada.

AMALIA. Me das miedo.

ANTONIO. ¿Miedo? ¿Por qué? Ya ves que estoy tranquilo.

AMALIA. Pues por eso. Precisamente por eso. Es tu tranquilidad la que me asusta.

ANTONIO. Yo te prometo que por mí no sucederá nada.

AMALIA. Pero por él...

ANTONIO. Ah, no sé... Eso ya no lo sé.

AMALIA. Antonio, Antonio, dime que no hablarás con él, que no intentarás verle. Seré yo quien le hable. Soy yo quien debe recibirle y saber a qué viene, qué pretende de mí. Tú no debes intervenir en nada.

ANTONIO. Perdona; precisamente soy yo quien debe intervenir. Yo soy quien tiene la responsabilidad de este asunto y, por lo tanto, quien debe resolverlo. Estas cuestiones se zanjan entre hombres.

AMALIA. No, no, de ninguna manera. Tú menos que nadie. ¡Con qué título ni con qué derecho! ¿No comprendes que esto no puede ser? ¿Qué podrías decirle?

ANTONIO. Eso es cuenta mía.

AMALIA. No, Antonio, no; estás equivocado. Soy yo, únicamente yo la que debe hablar. Tú no eres quién para mezclarte en esto. ¿No ves que la situación es muy vidriosa, muy falsa, muy difícil..., que una palabra, la menor frase mortificadora puede provocar un insulto y el insulto llevar a la violencia, y entonces... ¡no lo quiero pensar! Mientras que siendo yo no puede ocurrir nada.

ANTONIO. ¿Tú lo crees?

AMALIA. Nada, ¡nada! Yo te lo garantizo. Si tú no intervienes no sucederá nada. Por cruda, por dolorosa que sea la entrevista, al fin y al cabo entre nosotros todo puede decirse... sin peligro. Déjame que sea yo.

ANTONIO. ¿Y si te insulta?... ¿Si intenta atropellarte?

AMALIA. No me atropellará.

ANTONIO. Pero ¿y si lo intentara?

AMALIA. Yo me defendería. ¿Crees que no sé lo que debo decirle? No te preocupes. Yo te prometo que me tendrá que oír.

ANTONIO. Precisamente eso es lo que temo.

AMALIA. Qué...

ANTONIO. Que te dejes llevar por la violencia.

AMALIA. No.

ANTONIO. ¿Estás segura de que tendrás la serenidad suficiente?

AMALIA. Sí, sí; ya verás cómo sí.

ANTONIO. Sea yo, seas tú, hay que proceder con mucha calma, sin exaltarse, serenamente, sin ira, sin rencor. Piensa que en estos trances no hay nada más funesto que la revulsión del amor propio y de la dignidad mal entendida. Eso no se perdona. Y vosotros tenéis que perdonaros mucho. Si él ha obrado mal, tú tampoco te has conducido bien. Todos somos igualmente culpables. Todos nos hemos salido del camino derecho para lanzarnos por los senderos tortuosos, y por este terreno es peligroso andar.

AMALIA. No pretenderás que he de aguantarme todo lo que me diga.

ANTONIO. No.

AMALIA. Ni tampoco a suplicarle nada, a humillarme ante él. Yo no me humillo.

ANTONIO. Ni lo uno ni lo otro. Ni altiveces, ni cobardías, ni provocación, ni humillaciones. Es necesario mantenerse firme, pero sin gritos, sin agravios, sin imprecaciones, sin reproches violentos.

Suena un timbre y pasa Felipa por el forillo.

AMALIA. Felipa.

FELIPA. Señora...

AMALIA. Si es el señor que vino esta mañana páselo usted aquí.

FELIPA. Muy bien.

Vase Felipa.

AMALIA. Déjame, Antonio.

ANTONIO. No.

AMALIA. Te lo ruego. Por lo que más quieras. Vete. Déjame a mí con él. Y oigas lo que oigas, ocurra lo que ocurra, por Dios y por la Virgen, no salgas.

ANTONIO. Calma, calma..., serenidad..., serenidad.

Vase por izquierda.

ESCENA III

Amalia y **Eugenio.**

EUGENIO. *(Por foro.)* Señora...

AMALIA. ¡Eugenio! *(Gran sorpresa en él.)* ¿Tan cambiada estoy que no me reconoces?

EUGENIO. ¡Amalia!

AMALIA. Amalia soy.

EUGENIO. ¿Tú?... ¿Tú aquí? ¿Qué haces tú aquí?... ¡Qué significa esto!...

Muy emocionado se apoya en el respaldo de una butaca y se lleva la mano al corazón como si le costase respirar.

AMALIA. Creí que sería yo la primera que podría

formular la pregunta. Soy yo quien lo pregunto: ¿A qué vienes aquí?

EUGENIO. Dime primero qué es lo que aquí haces tú.

AMALIA. Yo estoy en mi casa.

EUGENIO. ¡En tu casa!... ¿Esta casa es tuya?...

AMALIA. Sí.

EUGENIO. Entonces es que... Déjame, déjame que me sosiegue un poco. *(Sentándose.)* Ahora hablaremos. Hablaremos con calma y hablaremos de todo, porque sospecho que tenemos muchas cosas que hablar. Siéntate.

AMALIA. Gracias, estoy bien así.

EUGENIO. Siéntate, te lo ruego, sería para mí muy violento hablar en esta forma, y yo no puedo, al menos por ahora, hacerlo de otro modo. Estoy muy malo, Amalia, estoy muy malo. No te lo digo para que me compadezcas sino para que comprendas muchas cosas que quizá de otro modo no te explicaras bien.

AMALIA. No necesito explicaciones. Si te violentan puedes suprimirlas. No quiero saber nada. Yo lo único que quiero...

EUGENIO. ¿Qué quieres?... ¿Qué deseas de mí? *(Amalia va a hablar, pero no se decide.)* Dime qué es lo que quieres.

AMALIA. Quiero sencillamente que respetes mi situación.

EUGENIO. Dime ante todo cuál es tu situación.

AMALIA. ¡Eugenio!

EUGENIO. Te escucho. Dilo. No te dé reparo. Dilo con lealtad. Vives con un hombre, ¿no es eso?

AMALIA. Sí.

EUGENIO. ¿Desde cuándo?

AMALIA. Desde que tú me abandonaste.

EUGENIO. Y pretendes que yo...

AMALIA. Pretendo lo que es justo. Nadie mejor que tú sabe en qué condiciones me dejaste..., desamparada..., sola...

EUGENIO. No hablemos de eso.

AMALIA. ¡Cómo no hablemos de eso! Si precisamente todo arranca de ahí. ¡Cómo no hemos de hablar! ¡Naturalmente!

EUGENIO. Yo te agradecería que no habláramos de eso.

AMALIA. Te hace daño, ¿verdad? ¿Te mortifica?... Encuentras doloroso que te lo recuerde y no me concedes el derecho de que me duela a mí.

EUGENIO. No es por eso.

AMALIA. Pues ¿por qué?

EUGENIO. Porque en estos momentos no resolvería nada, no serviría absolutamente para nada, ni siquiera para satisfacer la crueldad de avivar el dolor de la llaga que el recuerdo abriría. ¡Qué importa un dolor más para quien tantos ha sufrido, para quien como yo tan hecho está a sufrir!

AMALIA. ¿Y yo? ¿Es que crees que no he sufrido yo?

EUGENIO. Razón demás para que no insistamos. ¡A qué mortificarnos con recriminaciones! ¡Qué me podrías decir que yo no me haya dicho!

AMALIA. Reconoces al menos que te has portado mal.

EUGENIO. ¿Te sirve de algo que lo reconozca? ¿Para qué te hace falta? ¿Para perdonarme? ¿Para compadecerme? ¿Para gozarte en mi expiación y en mi remordimiento? O es que quieres hallar en la

conducta mía razones que te valgan para justificación de la tuya.

AMALIA. Yo lo único que quiero es que te acuerdes bien de cómo me dejaste, de por qué me dejaste... que me digas de frente, cara a cara, si yo te di motivo para aquella determinación.

EUGENIO. No.

AMALIA. Yo fuí contigo buena, cariñosa, leal... te acepté ilusionada y me doblegué a ti inocente y contenta llena de buena fe. Fuiste tú desde el primer día quien procedió mal. ¡Desde el primer día! Te casaste conmigo a sabiendas de que no podías quererme porque estabas ciegamente apasionado de otra. Si querías a otra, si a mí no me querías ¡para qué te casaste!

EUGENIO. Aunque lo dijese no lo querrías creer.

AMALIA. Dilo, dilo... ¡Qué importa lo que digas! ¡Qué podrás decir que justifique aquella infamia!

EUGENIO. Infamia, no. Yo he obrado mal, pero a sabiendas, no. Yo también como tú iba de buena fe. Yo también te quería, por lo menos me hacía la ilusión de quererte. Si me casé contigo fué porque creí que era el único medio de librarme de una mala pasión que era mi ruina y mi vergüenza.

AMALIA. Pero no pudiste....

EUGENIO. Fué más fuerte que yo.

AMALIA. ¡Es esa toda la justificación que has encontrado! Pero aunque así fuese, aunque fuera verdad, ¿es que se puede hacer lo que hiciste conmigo?... Dejarme sola, sin amparo de nadie, con una hija pequeña...

EUGENIO. ¿Vive?... ¿Vive... mi hija?

AMALIA. ¡Tuya!... No, mía. Es mía nada más. ¿Qué tienes tú que ver con ella?... ¿Te has ocupado de ella

para nada? ¿Has tenido en veintidós años ni siquiera una vez la preocupación de que existía?

EUGENIO. Aunque tú no lo creas la he tenido siempre.

AMALIA. Poco se ha conocido.

EUGENIO. Pues aunque no lo creas. Yo me he acordado siempre de vosotras..., siempre. Siempre mi pensamiento ha estado aquí. Te asombra, ¿verdad?

AMALIA. Me asombra... tu cinismo.

EUGENIO. No es cinismo; es lealtad. Te juro que nunca he sido más sincero que hoy. Vas a saberlo todo.

AMALIA. No quiero saber nada. No me cuentes nada. ¡Para qué!... ¡Para qué!

EUGENIO. Es preciso, es necesario que lo sepas. No califiquemos la manera que tuve de dejaros. En este punto concreto toda, absolutamente toda la razón es vuestra. No hay disculpa para mí. Estaba ciego, desatinado, loco..., no supe lo que hacía. Cuando lo quise ver ya el mal estaba hecho, no había arreglo posible..., no me quedaba ni la esperanza de la enmienda, ni el recurso de liberarme, no podía romper porque romper aquello habría sido cometer otra infamia, hacer la desgracia de otros inocentes que tampoco podían tener la culpa. Y con qué usura, con qué implacable crueldad la vida me hizo pagar la deuda. Todo se paga aquí. Tarde o temprano todo aquel que obra mal halla su merecido. Uno tras otro vi morir a todos los que amaba, vi cómo se tronchaba la juventud lozana de mis hijos. Me encontré solo, completamente solo, enfermo, viejo, triste... ¡Cuántas veces me acordé de vosotras! Pero ¡qué podía hacer! ¡Qué iba a hacer ya! ¡De qué manera me hubiera pre-

sentado! ¡Qué os hubiera podido decir! Ni vosotras me habríais comprendido ni yo tenía valor para pediros que me perdonarais. Además había algo dentro de mí que me decía que no debía venir.

AMALIA. No debiste venir.

EUGENIO. No lo he buscado. Bien sabe Dios que yo no sabía nada. Llevo dos meses escasos en España, en Madrid. No he visto a nadie, no he preguntado a nadie, no he querido saber... Me daba miedo.

AMALIA. Miedo, ¿de qué?

EUGENIO. De todo: del pasado, del presente, de mí...

AMALIA. ¿Y quién tiene la culpa?

EUGENIO. Yo, yo, únicamente yo. No discutamos más. ¿En dónde está mi hija? Quiero verla.

AMALIA. Ahora no puede ser.

EUGENIO. ¿Por qué?

AMALIA. Porque no está.

EUGENIO. No me mientas, Amalia.

AMALIA. No te miento.

EUGENIO. ¿En dónde está mi hija?

AMALIA. Trabajando.

EUGENIO. ¡Trabajando!... ¡Mi hija tiene necesidad de trabajar!

AMALIA. ¿Qué fortuna la dejaste tú para que no trabajase? ¿Qué me dejaste a mí para que la sacara adelante?

EUGENIO. Desde hoy no trabajará más. Ahora mismo lo arreglaré yo todo.

AMALIA. ¿Arreglar?, ¿el qué? No hay nada que arreglar. Llegaste para eso demasiado tarde. Ni ella ni yo queremos nada tuyo. No te necesitamos para nada.

EUGENIO. ¡Amalia!

AMALIA. Para nada, ¿lo oyes? Para nada. No tenemos para nada necesidad de ti.

EUGENIO. Bueno, pero..., perdona. Vamos a ver..., vamos con calma. ¿Qué es lo que pretendes?

AMALIA. Pretendo lo que es justo. Nada más. Yo no te exijo nada. Te ruego solamente, te suplico que ya que en veintidós años no has querido ocuparte de nosotras, continúes haciendo lo mismo de hoy en adelante. No quiero nada más. Ya ves si es poco.

EUGENIO. Comprenderás, Amalia, que eso no puede ser.

AMALIA. Pues entonces, ¿qué quieres? ¿Qué es lo que te propones? ¿Es que después de haberme destrozado la vida quieres venir ahora a deshacérmela por segunda vez? ¿Es eso lo que quieres? ¿Es que eso puede ser en buena ley de Dios? ¿Es que no te basta haberme hecho una vez desgraciada, sino que quieres que de nuevo lo sea ahora ya definitivamente? Pero, ¡tú qué has creído! ¡Qué concepto tienes de lo que ha pasado! ¡Quién piensas que soy yo! ¡Cómo supones que entre nosotros puede existir ya nada, nada, ni coincidencias, ni perdón, ni olvido!... Todo eso se acabó. No hay nada de común entre nosotros.

EUGENIO. Aunque no lo quieras, lo hay. Por encima de todo hay algo consustancial en nuestra vida que aunque queramos no se puede romper. Yo no te he buscado. Bien sabe Dios que nada hice para provocar esta situación, pero ya que ha venido no tengo más remedio que aceptarla. Comprenderás que decorosamente no puedo consentir...

AMALIA. ¡Decorosamente! ¿Qué decoro te detuvo cuando me abandonaste?

EUGENIO. ¡A qué mortificarnos con reproches! Escúchame con calma. No quiero hacerte daño; no trato de imponerme ni pretendo tampoco tu perdón ni tu olvido. Tienes mucha razón: entre nosotros ya no puede haber nada; pero al mismo tiempo reconocerás, si eres justa, que esta situación vuestra no debe subsistir, no puede subsistir. Si hasta ahora teníais una excusa, ya no la tenéis. Desde el momento en que yo estoy aquí, ni mi hija ni tú podéis dignamente, decorosamente, depender de nadie.

AMALIA. ¡Pero es que crees que no hay mas que intereses, conveniencias, materialidades!... ¿Es que no concibes que en todo este tiempo se ha podido crear algo más hondo que ni tú ni nadie puede ya desligar? ¡Pero tú no sabes que yo quiero a ese hombre, que le quiero con toda mi alma, como no te he querido a ti nunca, porque nunca me diste motivo para quererte así!

EUGENIO. ¡Amalia!

AMALIA. Nunca, ¡nunca! ¡Qué hiciste tú para que te quisiera! ¡Dejarme abandonada!

EUGENIO. Convengamos en que te desquitaste bien pronto.

AMALIA. ¡Qué iba a hacer!

EUGENIO. Lo que hace toda mujer honrada cuando quiere ser digna; buscar en la energía de sus propias fuerzas la honorabilidad de su conducta. Para ti fué más fácil venderte al primero que te salió al camino. Era mucho más cómodo.

AMALIA. Injúriame encima.

EUGENIO. Bien, basta. ¡A qué seguir! Ya sabes mi propósito.

AMALIA. Nunca, no lo intentes. Eso nunca, jamás.

EUGENIO. Olvidas que por encima de todo, quieras o no quieras, soy tu marido.

ESCENA IV

Dichos y Antonio.

ANTONIO. *(Por izquierda.)* No, perdone usted: el marido soy yo. Usted lo ha sido, pero ya no lo es. Usted, con su conducta, ha hecho dejación voluntaria de esa condición, y no puede usted venir a reclamarla, porque para reclamar un derecho no basta que la ley lo conceda, es necesario mirarse hacia adentro y tener la conciencia segura de que uno es digno de él, de que uno tiene capacidad moral para ejercerlo. Si usted no ha querido cumplir con su deber, ¡con qué autoridad puede venir ahora a exigir un derecho!

EUGENIO. ¿Y usted quién es para pedirme explicaciones?

ANTONIO. ¿Que quién soy yo? Lo que usted no ha sido, lo que usted deliberadamente ha renunciado a ser. Usted ¿qué ha hecho? Tirar a una mujer en medio del arroyo, dejarla expuesta a todas las asechanzas de la vida, ponerla en la pendiente para que resbalase entre el dilema espantoso del hambre y la vergüenza... Si esta pobre mujer hubiera caído, si usted ahora, al llegar a Madrid, se la hubiera encontrado cotizándose por las esquinas, ¿qué habría usted hecho con ella? ¿Qué habría usted hecho para reparar ese decoro que tanto le preocupa?

AMALIA. ¡Antonio!

ANTONIO. Yo la recogí, la uní a mi suerte, la llevé

a mi casa, la hice mi compañera, y si no ante la ley, porque ante la ley no era posible, para todo el mundo fué siempre mi mujer. Usted la tiró y yo la levanté; usted la afrentó y yo la enaltecí; usted la hizo sufrir y yo la he hecho dichosa. ¡Y todavía quiere usted pretender que usted es el marido!... Usted no es nada. Aquí no hay más marido que yo. El marido soy yo..., y usted se va a la calle.

Eugenio quiere hablar y no puede; le da un síncope y cae en la butaca. Sobrecogidos por la sorpresa Antonio y Amalia no saben qué hacer. El se repone, se levanta y con un gran esfuerzo consigue al fin hablar.

EUGENIO. Comprenderán ustedes que esto no queda así..., esto no puede solucionarse así... Ya..., ya lo resolveremos más despacio... No es culpa mía si no es posible ahora..., pero ya llegará..., ya llegará... *(A Amalia que va a cogerle porque vacila.)* No, no me toques... No me toquen ustedes... No necesito a nadie...

Vase por derecha.

ESCENA V

Amalia, Antonio y **Conchita.**

CONCHA. *(Por foro.)* ¿Qué pasa?... ¿Qué os sucede?... ¿Por qué estáis así?... ¿Qué os ha ocurrido?... ¿Habéis tenido algún disgusto?... Pero hablad, responded..., ha sido eso, ¿no?... *(A Amalia.)* Siempre habrás tenido tú la culpa. *(Abrazando a Antonio.)* No hagas caso, papá; ya la conoces. Ya sabes cómo es. No la hagas caso.

TELÓN.

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

Amalia *sentada en una butaca, muy abatida.* **Antonio** *y* **Concha** *de pie. Luego,* **Felipa.**

AMALIA. Ya lo sabes todo. Esto es lo que ha pasado. Esta es la situación.

CONCHA. Bien, y después de esa entrevista tan violenta ¿qué creéis ahora que sucederá?

ANTONIO. ¡Quién puede preverlo! Desde luego nada bueno para ninguno. En la actitud en que se ha colocado, en que todos nos hemos colocado, difícilmente puede haber esperanza de arreglo; no cabe ya ninguna solución razonable.

CONCHA. Bueno, pero él ¿qué puede hacer?

ANTONIO. Ay, hija mía; desgraciadamente puede hacerlo todo. Estamos por completo entregados al arbitrio de su decisión.

CONCHA. De modo que si él quiere... *(Antonio baja la cabeza.)* Pero eso sería inicuo... Y absurdo... No, no, esto no puede ser. No debe ser.

AMALIA. Aquí lo lamentable es cómo viene. Tú

no le has visto, Concha, y por lo tanto, no puedes darte idea del estado en que está.

CONCHA. ¿Crees verdaderamente que está malo?

AMALIA. Muy malo, hija, muy malo. Tu padre está muy mal.

CONCHA. Bueno, pero nosotros ¡qué le vamos a hacer!

AMALIA. Lo que tú ahora deberías hacer, puesto que sabes todo lo ocurrido...

CONCHA. ¿Qué debería hacer?

AMALIA. Entrar a verle.

CONCHA. ¿Yo? ¿Para qué?

AMALIA. Para preguntarle si necesita algo...

CONCHA. Yo no entro, porque si entrara, ten la seguridad de que sería peor.

AMALIA. Si en efecto es así, tienes razón: vale más que no entres. Si es por otro motivo, te advierto que no consigues nada porque tarde o temprano le has de ver. Comprenderás que vuestra entrevista es inevitable.

CONCHA. Sí, pero será cuando deba ser.

AMALIA. ¿Qué quieres decir?

CONCHA. Yo me entiendo y basta.

AMALIA. De manera que no quieres entrar...

CONCHA. Ahora, no.

AMALIA. Pues yo no estoy tranquila.

CONCHA. ¿Qué temes que le pueda ocurrir?

AMALIA. No sé, no sé... Yo no estoy tranquila. *(Se acerca a la pared y toca el timbre.)*

FELIPA. *(Por foro.)* ¿Llamaban los señores?

AMALIA. Oigame, Felipa: entre en el cuarto del señor y pregúntele si necesita algo.

FELIPA. Muy bien. *(Medio mutis por derecha.)*

AMALIA. *(Atajándola.)* No, no, por aquí no... por allí.

FELIPA. Muy bien, señora. *(Vase por foro y vuelve al poco rato por derecha.)* Dice el señor que no necesita nada.

AMALIA. ¿Qué hace?

FELIPA. Nada, señora; no hace nada. Está muy tranquilo sentado en un sillón.

CONCHA. Ya lo ves.

Suena un timbre.

AMALIA. Han llamado. Es en la puerta, ¿verdad?

FELIPA. Sí, señora, en la puerta. Voy a abrir.

Vase por foro.

ESCENA II

Dichos y Gaspar.

GASPAR. *(Por foro.)* ¿Se puede?

AMALIA. Adelante. Ah, ¿es usted, don Gaspar? ¿Venía usted por Pepita?

GASPAR. No, no..., ya sé que Pepita no está. Bajo yo ahora de casa. La he dejado en casa. Me ha ido a buscar a la oficina y hemos venido juntos.

ANTONIO. Ya.

GASPAR. Pepita me lo ha contado todo. Y yo venía a decirles a ustedes que la perdonasen si no puede bajar.

AMALIA. Por Dios, don Gaspar, no valía la pena.

GASPAR. Sí, sí, valía la pena porque... Además yo quería hablar con usted.

ANTONIO. ¿Conmigo?

GASPAR. Si usted no tiene inconveniente.

ANTONIO. Ninguno. Estoy a su disposición.

GASPAR. El caso es...

ANTONIO. Ah, ¿tiene que ser a solas?

GASPAR. Si a usted no le molesta, yo lo preferiría.

ANTONIO. *(A Concha y a Amalia.)* ¿Queréis dejarnos un momento? *(Concha y Amalia salen por izquierda.)* Bueno, pues... usted dirá.

GASPAR. Antonio, usted no se ha portado lealmente conmigo. Usted no ha correspondido a la sincera confianza que desde el primer día de conocernos tuve con usted. Usted me ha engañado.

ANTONIO. ¡Don Gaspar!

GASPAR. Me ha engañado usted. Usted ha debido decirme la verdad. Entre hombres todo puede decirse, porque los hombres todo lo comprendemos, y comprender es más que perdonar. Por haberlo sabido yo no le habría estimado a usted menos, y en cambio tendría que agradecerle que no me hubiese puesto en la situación en que estoy. Porque yo, mi querido amigo, tengo una hija de veinte años, un ángel de candor y de inocencia que he dejado confiadamente alternar con ustedes, que he permitido a todas horas entrar en esta casa.

ANTONIO. ¿Y qué hay en esta casa que su hija no haya podido ver?

GASPAR. ¡Y usted me lo pregunta!

ANTONIO. Le pregunto qué ha visto.

GASPAR. Hombre... ver... tanto como ver... supongo que no habrá visto nada. ¡No faltaría más! Pero mi hija ha salido con Amalia, las dos han ido juntas por la calle, de compras, a teatros..., ¿usted cree que una niña soltera, una hija de familia de conducta intachable, puede exhibirse en público con una mujer...

yo no quiero ofenderla; yo sé mejor que nadie lo que vale Amalia; pero, al fin, una mujer casada, que vive íntimamente con su amante?... ¿Cree usted que eso está bien? ¿Es que, por ventura, mi hija, con todo esto, sale ganando nada?

ANTONIO. Bueno, pero vamos a ver, don Gaspar..., vamos a ver... ¿Usted procede en la vida por lo que piensan las gentes o por lo que le dicta su conciencia?

GASPAR. Por las dos cosas.

ANTONIO. No, por las dos cosas, no. Porque si la gente, por torpeza, por ignorancia o por malicia, comete una arbitrariedad, y a usted le consta que es una arbitrariedad, ¿va usted a torcer la rectitud de su conciencia sólo por seguir la opinión de la gente?

GASPAR Según, según; dependerá del caso.

ANTONIO. En este caso.

GASPAR. En este caso, sí. Es decir, en este caso no tendré siquiera necesidad de torcer nada, porque mi conciencia está toda conforme con el modo de pensar de la gente.

ANTONIO. ¡Don Gaspar!

GASPAR. Perdone usted; pero yo soy muy franco.

ANTONIO. Hace dos horas, en este mismo sitio, decía usted llenándose la boca que Amalia era la mujer más buena que conoció en su vida.

GASPAR. Sí, señor.

ANTONIO. Pedía usted a Dios que su hija se le pareciese y añadía usted que para guardarla ninguna le ofrecía más confianza que ella.

GASPAR. Sí, señor, sí, señor... es verdad.

ANTONIO. Y ha bastado dos horas, el efímero espacio de dos horas, para que todo ese alto concepto de bondad, de seriedad, de rectitud que usted tenía

formado de nosotros se haya desvanecido. No ha servido de nada que usted nos conociera, que nos haya tratado íntimamente, que haya tenido ocasión de apreciar por sí mismo nuestras buenas y malas cualidades... Ha sido suficiente...

GASPAR. Sí, sí, no siga usted. Todo eso es verdad; pero es que yo creía...

ANTONIO. ¿Qué creía usted?

GASPAR. Yo creía que Amalia era...

ANTONIO. ¿Qué era? Continúe usted. Complete usted la frase. Una mujer honrada. ¿No es eso? Y resulta que ahora ya no lo es. Ni ella es honrada ni yo soy para usted un caballero. Ninguno de los dos somos ya dignos de que nos den la mano las personas decentes.

GASPAR. No, no, por Dios, no es eso; no se exalte usted. Amalia a mí... y usted también, lo mismo, me merecen individualmente los mayores respetos. Ya se lo dije antes: yo lo comprendo todo. Pero, mi querido amigo, hay que hacerse cargo de lo que es el mundo. Usted es muy bueno, Amalia es muy buena, pero ustedes no viven como manda Dios. Esto es incuestionable, y esto es lo que motiva la dificilísima situación en que ustedes están. Porque... vamos a ver: usted me va a permitir que le haga una pregunta: Tal como se han puesto las cosas, ¿qué va usted a hacer para salir de este conflicto?

ANTONIO. No lo sé.

GASPAR. ¡Ve usted! Ni usted mismo lo sabe. ¡Claro, como que no es posible! Cuando surge un problema porque en la vida se ha procedido mal, nunca hay manera de arreglarlo bien. Si usted no se enfadara yo me atrevería a darle a usted un consejo: elimínese usted.

ANTONIO. ¡Don Gaspar!

GASPAR. Es un consejo leal, de buen amigo. Hágame usted caso. Márchese antes de que le echen.

ANTONIO. ¡Pero cómo me voy a marchar!

GASPAR. Siempre hay una fórmula decorosa para salir airoso. Búsquela usted y aprovéchese de ella. No hay otra solución. Porque, piénselo usted bien: ni social, ni moral ni legalmente usted está en condiciones de contender con el marido. Diga lo que diga, haga lo que haga, a usted no le cabe más recurso que bajar la cabeza y someterse. Pero es que además, y quizá para usted sea lo más amargo, se va a encontrar sin el apoyo de los otros. Cuando Conchita sepa...

ANTONIO. Lo sabe ya.

GASPAR. ¿Y qué ha dicho?

ANTONIO. No ha dicho nada.

GASPAR. ¿Ve usted? No ha tenido delante de usted el valor de decirlo. Pero ya lo dirá... ya lo dirá. Ya la verá usted abrir los brazos y arrojarse en los de él. Si es natural, señor, si esta es la vida... ¡Cómo una hija no va a querer a su padre! ¡En qué cabeza cabe que puede preferir un extraño a quien le ha dado el ser! No se haga usted ilusiones. Por mucho que le quiera, por muchas cosas que esa muchacha tenga que agradecerle, en cuanto vea a su padre se olvidará de todo y le dejará a usted. No le quepa duda, le dejará por él. Es lo humano, lo lógico, lo que debe ser. Los hijos son para los padres y los padres para los hijos... Y la misma Amalia, ¿cree usted que a estas horas no está ya pesarosa y medio arrepentida?.. ¿Que no se da cuenta, mucho mejor que usted, de la trascendencia de la situación, que no está deseando, preparando quizá una fórmula de concordia que de-

corosamente lo compagine todo?... Al fin y al cabo ese hombre es su marido, el padre de su hija... es el concepto fundamental de la familia lo que hay que defender... Todo esto es muy sagrado, todo esto pesa mucho... Sí, amigo mío, esta es la realidad; ellos se entenderán, se arreglarán, se lo perdonarán todo mutuamente y usted resultará la única víctima. Yo se lo advierto con toda lealtad. Hágame usted caso. Anticípese usted. Márchese usted antes de que le echen.

ANTONIO. Bien, don Gaspar, pues yo lo pensaré.

GASPAR. Sí, sí, piénselo usted porque vale la pena. Y ya que sabe cuáles son los motivos perdonará que no baje Pepita.

ANTONIO. Perdonada.

GASPAR. Usted me hará el favor de explicárselo a Amalia y a Conchita en la forma que mejor le parezca para que no se lastimen... ¿verdad?

ANTONIO. Descuide usted.

GASPAR. Bueno, pues entonces yo me voy a almorzar, que con todas estas cosas no lo he hecho todavía. Adiós, querido Antonio.

ANTONIO. Vaya usted con Dios.

Gaspar vase por el foro.

ESCENA III

Antonio y Amalia.

AMALIA. *(Por izquierda.)* ¿Qué te quería don Gaspar?

ANTONIO. Nada, tonterías.

AMALIA. Pero en resumen, ¿qué?

ANTONIO. Nada, no te preocupes.

AMALIA. De algo habréis hablado.

ANTONIO. ¿No te lo estoy diciendo? Tonterías. ¿Tú concibes que a don Gaspar pueda ocurrírsele nada interesante? Don Gaspar es la majadería personificada, la vulgaridad andante, el lugar común hecho persona, el compendio de todos los tópicos, de todos los prejuicios, de todas las rutinas, el representante perfecto de la honorabilísima clase media española.

AMALIA. Y concretamente en este asunto nuestro ¿qué piensa don Gaspar?

ANTONIO. Don Gaspar piensa que yo debo marcharme.

AMALIA. ¿Eso te ha dicho?

ANTONIO. Sí. Don Gaspar cree que marchándome yo todo se arreglaría.

AMALIA. No se arreglaría nada. Y sin embargo...

ANTONIO. ¿Qué?... Habla. ¿Qué ibas a decir? No te detengas. ¿Es que tú crees también que esa es la solución?

AMALIA. Solución, no.

ANTONIO. Entonces...

AMALIA. Oyeme, Antonio: escúchame con calma.

Tú me conoces bien. Tú sabes quién soy yo. Tú no puedes tener la menor duda de la nobleza de mi proceder, de lo que he sido para ti, de lo que soy, de lo que seré siempre..., ¡siempre!, ocurra lo que ocurra, ¿no es verdad?... ¿No es verdad que tú sabes que para mí no hay nadie más que tú?... Si ese hombre se hubiera presentado en otra situación, sano, fuerte, animoso, nada absolutamente tendríamos que hablar. Nada tendrías que decirme porque yo sabría perfectamente lo que tenía que hacer. Nada me importaría: ni amenazas, ni escándalos, ni gritos, ni violencias. Para sacarme de aquí tendrían que arrancarme a la fuerza, arrastras por los suelos..., y ni así..., ni aun así... Puesta en la pendiente yo me lo juego todo. Pero tú has visto cómo viene ese hombre, acabado, agotado, hecho una ruina. Eso no es un hombre, es un muerto que anda... Y en este trance yo te pregunto, Antonio, qué es lo que debo hacer; yo quiero que me digas noblemente, con franqueza, puesto en mi caso qué es lo que harías tú.

ANTONIO. No se trata de lo que haría yo, sino de lo que quieres tú hacer.

AMALIA. Lo que quiero, no; lo que debo.

ANTONIO. ¿Y cuál es tu deber?

AMALIA. Mi deber es cuidarle.

ANTONIO. ¿Por... lástima?

AMALIA. Sí; también por lástima.

ANTONIO. Vas a tener piedad de quien no la tuvo contigo.

AMALIA. Eso a mí no me importa.

ANTONIO. Y en cambio no la tienes de mí.

AMALIA. Tú no me necesitas.

ANTONIO. ¡Lo crees sinceramente!

AMALIA. Antonio, Antonio, no me martirices..., no añadas al sufrimiento que ya tengo el tormento mayor de tus reproches. ¿Es que a estas alturas vas a dudar de mí?... Tú que lees en el fondo de mi alma, ¡qué intención vas a dar a lo que digo!

ANTONIO. Nunca dudé de ti.

AMALIA. Entonces, ¿por qué ese tono despectivo de recriminación?

ANTONIO. No es recriminación. Quiero advertirte sólo de lo injusto de tu proceder.

AMALIA. ¿Crees que procedo mal?

ANTONIO. Por lo menos equivocadamente. Tú eres muy buena, Amalia, y por ser muy buena te dejas llevar demasiado por los impulsos de tu corazón. Bien están los buenos sentimientos, pero no hay que confundir el sentimentalismo con la sensiblería. Tú no tienes obligación ninguna de cuidar a ese hombre.

AMALIA. ¡Antonio!

ANTONIO. Además tu excelente intención no serviría de nada. Sería inútil.

AMALIA. ¿Inútil?

ANTONIO. Inútil, completamente inútil. ¿Tú crees que tu marido puede avenirse a que le cuides? ¿Crees que decorosamente puede aceptar la conmiseración que quieres ofrecerle a cambio de olvidarse de todo, de perdonarlo todo, de transigir con todo?... ¡Cómo lo va a aceptar! Y si lo aceptase, si a pesar de todo en un instante de sordidez y de egoísmo transigiera con... eso, ¿merecería entonces la conmiseración?

AMALIA. Yo no sé, no sé, no entiendo de estas cosas..., no las quiero pensar. Yo lo único que sé es que ese hombre está enfermo, que es mi marido y que yo tengo el deber de cuidarle.

Antonio. El deber, no.

Amalia. El deber. Yo no quiero que el día de mañana mi hija pueda echarme en cara que yo abandoné a su padre cuando se estaba muriendo.

Antonio. ¿Te ha dicho algo tu hija?

Amalia. No, no, nada..., al contrario. Se sostiene cada vez más entera y más firme. Pero es que no le ha visto, y como no le ha visto no sabe cómo está. Cuando le vea se le partirá el alma.

Antonio. De modo que don Gaspar tenía razón. Resulta que soy yo el que debe marcharse. Debo marcharme antes de que me echéis.

Amalia. ¡Antonio!

Antonio. Eso me dijo don Gaspar, y yo, necio de mí, le juzgué un majadero.

Amalia. Que don Gaspar te dijo...

Antonio. Aquí mismo, hace cinco minutos. No se haga usted ilusiones. Ellos se entenderán, se arreglarán, se lo perdonarán todo mutuamente y usted resultará la única víctima.

Amalia. No, no, Antonio, eso, no. Tú sabes que no es eso.

Antonio. Yo no sé más que lo que tú me dices.

Amalia. ¡Pero vas a dudar de lo que yo te quiero!

Antonio. Me haces dudar de todo.

Amalia. Pero ¡también de mí!

Antonio. Sí, hasta de ti también. Te oigo hablar y me estoy preguntando si todas estas cosas que me dices, lástima, compasión, deber, obligaciones, no serán mas que excusas que te das a ti misma para ocultar tus verdaderos sentimientos, la suprema razón que te lleva a ese hombre.

Amalia. ¡Jesús, Jesús!... Pero ¿has pensado eso?

ANTONIO. Eres tú quien me lo hace pensar.

AMALIA. ¡Pero tú crees que yo lo hago por gusto! ¿Es que por ventura puedo hacer otra cosa?... ¡Qué quieres que haga! ¡Qué es lo que puedo hacer, pobre de mí, más que sacrificarme!

ANTONIO. A ti y a los demás.

AMALIA. No, yo sola. Únicamente yo. Yo soy la única que lo debo sufrir. Es un castigo que me cae del cielo y lo soportaré.

ANTONIO. ¡Pero qué necesidad tienes de soportar tú nada!

AMALIA. Es mi marido, Antonio, el padre de mi hija... es una desgracia para mí que lo sea, es una crueldad horrible de la vida, pero lo es... ¡Yo qué le voy a hacer!

ANTONIO. Pero no te he dicho que aunque tú...

AMALIA. No me digas nada, Antonio de mi vida, no me atormentes más. Yo te adoro con toda mi alma, yo no he querido en el mundo a nadie más que a ti, a nadie... ¡a nadie! Cerca, lejos, aquí, en donde sea, para mí no habrá nunca en el mundo otro hombre más que tú. Pero es preciso, absolutamente preciso que nos separemos.

ANTONIO. ¡Separarnos! ¿Sabes lo que dices?

AMALIA. Sí, lo sé; por desdicha lo sé.

ANTONIO. ¡Pero qué idea loca ha trastornado tu imaginación! ¡Qué ha pasado por ti para cambiar radicalmente de este modo! Hace una hora no pensabas así... Precisamente has sido tú con tu nerviosismo, con tus intemperancias la que ha precipitado todo esto... Y ahora sin más ni más, sin otra excusa que un arrebato de sentimentalismo pretendes nada menos que tú y yo concluyamos. ¡Pero no ves que esto

es absurdo!... ¿No comprendes que no tiene sentido común? ¿Pero tú crees que una vida como la nuestra, que veinte años de vida se pueden destrozar en una hora porque a ti se te antoje?

AMALIA. Antonio mío, ¡pero si no soy yo la que lo quiero!

ANTONIO. ¿Pues quién es?

AMALIA. No sé, no sé... yo no me sé explicar. Lo siento dentro, pero me faltan palabras para convencerte. Yo estoy segura de que tengo razón. Si tú fueras mujer y te encontraras en mi caso procederías exactamente igual.

ANTONIO. No se me alcanza la razón.

AMALIA. ¡Pero tú no has visto cómo viene ese hombre!

ANTONIO. ¡Pero a ti te importa algo ese hombre!

AMALIA. A mí, nada. Me tiene sin cuidado.

ANTONIO. Entonces...

AMALIA. Me importa mi conciencia.

ANTONIO. ¿Tu conciencia?

AMALIA. Sí, mi conciencia. Contra todo lo que tú supongas nuestra vida está rota. No es él, ni tú ni yo quien la rompemos, es ella sola la que se deshace. Porque una vida para que sea tal vida necesita apoyarse en la fuerza moral que da la convicción de proceder bien. Sólo teniendo la conciencia tranquila se puede ser dichoso. ¡Y cómo habría de serlo ya contigo teniendo a todas horas el remordimiento de que obraba mal!... Sí, mal, muy mal... Ante Dios, ante el mundo, ante mí misma yo sería una mala mujer si desamparara a ese hombre.

ANTONIO. Prejuicios.

AMALIA. Serán prejuicios, será lo que tú quieras, pero lo siento así... me han educado así.

ANTONIO. Amalia... desde el día en que la suerte o la desgracia te pusieron en mi camino me formé el propósito de no ser un obstáculo en tu vida. No tuve más afán que el de hacerte dichosa. No te he dado un disgusto. No creo nunca haberte contrariado en nada; no me opuse jamás a tus deseos. Hoy te digo lo mismo, lo de siempre: haré lo que quieras. Pero piénsalo bien. Creo sinceramente que estás equivocada. Vas a hacer un sacrificio superior a tus fuerzas y, lo que es más triste, que nadie te ha exigido y que nadie te sabrá agradecer. Estoy seguro de que tú misma te arrepentirás. Y entonces... No lo digo por mí. Ocurra lo que ocurra a mí me encontrarás siempre. Pero ¿y tú? ¡Quién te compensará de la amargura de haber provocado un dolor que pudiste evitar!

AMALIA. No hay más remedio, Antonio. Yo lo siento por ti.

ANTONIO. No hablemos para nada de mí. Yo afronto siempre las cosas cara a cara. Si tú lo exiges, si verdaderamente crees que es necesario yo haré lo que tú digas.

AMALIA. Me perdonas, ¿verdad?

ANTONIO. Piénsalo antes. Yo haré lo que quieras; pero piénsalo bien, serenamente, reflexivamente, no por el impulso de un momento, no en un ataque de nerviosidad... No te dejes llevar por un arrebato de sentimentalismo. No tengas compasión de quien no la tuvo de ti.

AMALIA. Dios mío, Dios mío, ¡tan feliz como yo era!... ¡Tan dichosa como yo vivía!

ANTONIO. Como aún puedes vivir.

AMALIA. No, ya no.

ANTONIO. Sí, todavía..., piénsalo bien, Amalia.

AMALIA. No, no... ya no es posible.

Se va llorando.

ESCENA IV

Antonio y **Concha**

CONCHA. *(Por izquierda.)* ¿Qué le has dicho a mamá que entró llorando?

ANTONIO. Nada, hija mía; no le he dicho nada. Es ella quien me ha dicho, la que me ha propuesto...

CONCHA. ¿Qué?

ANTONIO. Separarse de mí.

CONCHA. ¡Separarse de ti!... ¿Reñir vosotros? ¿Pero por qué? ¿por qué?

ANTONIO. Porque entiende que su obligación es cuidar a tu padre.

CONCHA. ¡Qué locura! ¡De ninguna manera! ¡Cómo vais vosotros a truncar vuestra vida! ¡Es que no hay más que romper un afecto porque lo quiera nadie!... ¡Eso no puede ser!

ANTONIO. Tú lo entiendes así...

CONCHA. ¡Naturalmente! Y tú. Y ella misma, diga lo que quiera. ¡Cómo es posible que eso lo piense en serio, que un desatino de esa naturaleza le pueda a ella ni a nadie salir del corazón!... No te asustes, papá, no la hagas caso. Está excitada, preocupada, nerviosa..., no sabe lo que dice. Entra y convéncela.

ANTONIO. No hay quien la convenza.

CONCHA. Sí, sí, tú sí... ya verás cómo sí. Ahora

está llorando. Aprovecha el momento. A una mujer que llora se la convence siempre.

ANTONIO. ¿Por qué no entras tú?

CONCHA. No, no, yo no; tú solo. Estas cosas se dicen de corazón a corazón. Se arreglan entre dos o no se arreglan.

Antonio vase por izquierda.

ESCENA V

Concha *va a hacer mutis por el foro, pero al llegar al centro de la escena se abren las cortinas de la puerta derecha y aparece* **Eugenio.**

CONCHA. Buenos días, señor.

EUGENIO. Buenos días.

CONCHA. ¿Deseaba usted algo?

EUGENIO. Deseaba... usted perdone. Usted es quizá...

CONCHA. Soy la hija de la señora de esta casa.

EUGENIO. *(Sin poderse dominar.)* ¡Conchita!

CONCHA. ¿Sabía usted mi nombre?

EUGENIO. ¡Conchita!

CONCHA. Qué...

EUGENIO. Pero usted...; pero tú ¿no sabes quién soy yo?

CONCHA. No tengo ese gusto.

EUGENIO. ¡No te ha dicho tu madre quién soy yo!

CONCHA. No le extrañe a usted. Acabo de llegar de la calle ahora mismo. No la he visto aún.

EUGENIO. ¡Ah!

CONCHA. No sé dónde estará. ¿Quiere usted que la llame?

EUGENIO. No, no, todavía no. Vamos a hablar nosotros.

CONCHA. Muy bien; lo que usted quiera. Usted dirá.

EUGENIO. De manera que usted es la hija de los señores de esta casa...

CONCHA. No, no, de mamá; sólo de mamá. Yo no tengo padre.

EUGENIO. ¿Está usted segura de que no tiene padre?

CONCHA. Como si no lo tuviera. Mi padre, caballero, fué un desdichado; por ser mi padre no le puedo calificar de otro modo, un desdichado, que al año y medio de haber yo nacido cometió la infamia de abandonarnos a mi madre y a mí marchándose no se sabe dónde con una mala mujer. Ya ve cómo es verdad cuando le digo que es lo mismo que si no le tuviera.

EUGENIO. ¿Quién le ha contado a usted eso?

CONCHA. Todo el mundo. Todo el mundo lo sabe. Además él no ha hecho nada por que no se supiera. Desde que se marchó, y hace de esto más de veinte años, no se ha vuelto a ocupar de nosotras. Ya ve cómo no le importa lo que nosotras pensemos.

EUGENIO. No juzgue usted por apariencias.

CONCHA. Juzgo por lo que veo..., nada más.

EUGENIO. Quién sabe si su padre de usted, más que culpable, no será como usted misma ha dicho, un desgraciado.

CONCHA. Justicia de Dios.

EUGENIO. ¡Conchita!

CONCHA. ¿Usted no lo cree así? Yo si lo creo. Yo creo que el infierno está aquí, en el mundo. Todo aquel que obra mal, tarde o temprano, aquí, en el mundo, encuentra su castigo:

EUGENIO. Es posible que tenga usted razón.

CONCHA. Yo lo creo así.

EUGENIO. Pero también hay el perdón y la misericordia.

CONCHA. Esas son virtudes excelsas, no de nosotras las pobres criaturas que sólo sabemos del dolor de la vida.

EUGENIO. Habla usted como si hubiera sufrido mucho.

CONCHA. ¡Mucho! No lo sabe usted bien.

EUGENIO. Y ese dolor, todo ese sufrimiento ¿no le han hecho ser compasiva?

CONCHA. Me han hecho ser justiciera, que vale mucho más.

EUGENIO. ¿Usted no sabe si su padre vive?

CONCHA. No lo sé... ni me importa.

EUGENIO. ¡Cómo! ¿Usted no tiene deseos de conocer a su padre?

CONCHA. ¡Cómo voy a tenerlos, señor, si no le he visto jamás!

EUGENIO. Pero si usted le viera...

CONCHA. Si le viera sería para mí tan indiferente como cualquier desconocido.

EUGENIO. No diga usted eso.

CONCHA. ¿Por qué no he de decirlo si es verdad?

EUGENIO. Una hija no debe hablar así. Una hija no tiene nunca derecho para juzgar a su padre.

CONCHA. Tendría usted que demostrarme antes si un padre tiene derecho a abandonar a su hija.

EUGENIO. Un padre siempre es un padre.

CONCHA. Cuando obra como tal, sí. Cuando no, ¿por qué? ¿Qué ha hecho mi padre por mí? Darme la vida..., nada más. No hizo otra cosa. ¿Y cree usted que eso es un beneficio? ¿Cree usted que lanzar al mundo a un desgraciado más es un acto tan meritorio que deba agradecerse? El hecho solo de engendrar un ser es un crimen tan grande que para expiarlo no bastan todos los sacrificios de una vida. Es un error pretender que los padres tienen derechos sobre los hijos; no tienen mas que obligaciones y deberes; el deber de criarlos, el deber de educarlos, la obligación de mantenerlos. Sólo así pueden salvarse de la enorme responsabilidad de haberlos hecho nacer. Si mi padre ha evadido conmigo sus deberes y sus obligaciones, ¿qué derechos puede ahora alegar sobre mí? ¿Cómo ha de pretender que yo le estime?

EUGENIO. Sin embargo, el instinto, la naturaleza...

CONCHA. Ríase usted de todo eso. El cariño, sea como sea y de la índole que sea, lo crean el trato, la costumbre, el roce, la simpatía, el agradecimiento... Se quiere a las personas con quienes se convive, a las que nos demuestran su interés por nosotros, a los que con nosotros se comportan bien. Si mi padre no ha hecho nada por mí, ¿por qué voy a quererlo? Y si, en cambio, a otra persona le debo todo el bien que disfruté en mi vida, ¿cómo no voy a quererle más que si fuese mi padre?

EUGENIO. ¡Tanto le quiere usted!

CONCHA. ¡Con toda mi alma! ¡Cómo no he de quererle! ¿Usted sabe lo que ese hombre ha hecho por mi madre y por mí..., más que nada por mí?... Me recogió de chiquitita, me ha criado con un cariño y

una ternura de la que no puede usted tener idea, me ha educado, y, sobre todo, me ha hecho una mujer. Porque esto es lo importante. Gracias a él, únicamente a él, hoy soy una mujer. Porque usted no sabe... ¡Si usted supiera!... ¿Ve usted este traje? Pues este traje me lo he comprado yo. ¿Ve usted estos pendientes? Estos pendientes me los he comprado yo, y este reloj y estas sortijas y todo lo que tengo, todo, lo he adquirido con mi dinero y mi trabajo. Porque yo trabajo, señor; yo me gano la vida honradamente. Y esto es lo que he de agradecer a ese hombre. Si los padres de mi madre la hubieran enseñado a trabajar como ese hombre me ha enseñado a mí, mi pobre madre no hubiera tenido necesidad de aceptar ninguna protección para sacar adelante a su hijita. Si el día de mañana yo llegara a casarme y mi marido me abandonara como mi padre la abandonó a ella, yo no tendría que bajar la cabeza avergonzada ante nadie, porque yo sé ganarme honradamente la vida. Esto es lo que ese hombre ha hecho por mí. Compare usted lo que él ha hecho y lo que el otro hizo, y dígame usted ahora a quién debo querer. *(Pausa.)* ¿No me dice usted nada?

EUGENIO. ¿Quiere usted hacer el favor de llamar a su madre?

CONCHA. ¿Desea usted hablar con ella?

EUGENIO. Sí.

CONCHA. Pero con ella ¿nada más?

EUGENIO. Nada más.

CONCHA. Voy a decírselo.

Sale por izquierda.

ESCENA VI

Eugenio y Amalia.

AMALIA. (*Por izquierda.*) ¿Me llamabas?

EUGENIO. Sí; te llamaba. Acabo en este instante de hablar con nuestra hija.

AMALIA. Me lo ha dicho.

EUGENIO. Bien cruelmente, Amalia, te has vengado de mí. Bien has sabido en estos años aprovechar la ausencia para endurecer contra mí el corazón de mi hija. Si el propósito ha sido tuyo puedes estar satisfecha de haberlo conseguido. Mi hija me aborrece.

AMALIA. No, aborrecerte, no. No te quiere, eso es todo; no te puede querer..., es natural.

EUGENIO. No, no es natural. Las cosas que me ha dicho no se le dicen a un padre. Esa criatura no tiene corazón. Habrás hecho de ella una mujer inteligente, pero no te vanaglories de haber creado una muchacha buena.

AMALIA. También en eso estás equivocado. Es muy buena y muy agradecida. Precisamente por ser agradecida quizá te ha hablado así.

EUGENIO. Bien, no discutamos. No te he llamado para eso.

AMALIA. ¿Pues para qué?

EUGENIO. Para decirte que me voy.

AMALIA. Te advierto que el único obstáculo que entre nosotros había no existe, porque lo he roto ya. Si me perdonas como yo te perdono...

EUGENIO. ¿Tú crees sinceramente que puedes perdonarme?

AMALIA. Por mi parte, sí.

EUGENIO. Ni por tu parte ni por la mía puede haber perdón. No te hagas ilusiones, Amalia, esto no tiene arreglo. No hay fuerza humana que lo pueda enmendar. Yo te agradezco el sacrificio que me ofreces; te lo agradezco y te ruego que persistas en ese rompimiento por lo que afecta a mi decoro... y al tuyo; pero nada más. Lo demás no es posible. Nosotros no podemos convivir.

AMALIA. ¿Y adónde vas a ir solo y enfermo? *(Eugenio se encoge de hombros.)* No, Eugenio, no; eso no puede ser. En el estado en que te encuentras no puedes vivir solo. Tú necesitas una persona que te cuide, que por ti se interese.

EUGENIO. Yo lo que necesito es tranquilidad. Yo estoy, Amalia, en efecto, muy malo; mucho peor de lo que tú sospechas. Viviré muy poco. Mentiría si te dijera que no me importa; me importa y me duele, pero me doblego ante el mandato con la conformidad que impone la convicción dolorosa de lo inevitable. Sé que estoy condenado a morir, pero, ya que lo sé, déjame, al menos, que los escasos días que me restan los viva con un poco de tranquilidad. Nuestra convivencia sería un infierno horrible. Ni yo, por esfuerzos que hiciera, podría perdonarte que hayas estado veinte años seguidos viviendo con un hombre, ni tú, aunque quisieras, me perdonarías mucho menos a mí que hubiera venido a deshacer tu vida, a destrozar una felicidad que bien o mal habías ya formado. Yo sería tu enemigo, tu implacable enemigo..., siempre hosco, siempre duro... Tú odiándome, deseando a todas horas que yo me muriera para liberarte de mí, y yo leyendo en tus ojos el deseo de mi

muerte...; no, no, no..., me moriré solo, pero sin odios, sin rencores, en un rincón..., donde nadie me vea.

AMALIA. ¡Eugenio!

EUGENIO. ¿Sabes cuál sería la mejor solución?..., Una solución magnífica, teatral, de final de comedia, que lo arreglaría todo satisfactoriamente, que a todos os dejaría satisfechos...

AMALIA. ¡Calla!

EUGENIO. Sería la mejor, pero no tengas miedo. Soy tan miserable, tan cobarde, que ni siquiera de eso soy capaz. Yo tengo el valor frío de esperar la muerte, pero me falta la decisión de ir a buscarla.

AMALIA. Por Dios, no hables así... Yo no quiero que te marches así.

EUGENIO. Quieras o no quieras, no me queda más remedio que irme.

ESCENA VII

Dichos y **Concha.** *(Por foro.)*

CONCHA. Tiene mucha razón; se debe ir. *(A Amalia.)* Pero como tú también tienes razón al decir que no se puede ir solo, yo me iré con él.

AMALIA. ¡Concha!

CONCHA. Soy yo la que se irá con él. Entre nosotros no hay odios ni rencores ni agravios. A mí no puede rechazarme. *(A Eugenio.)* ¿No es verdad que a mí no me rechazas?

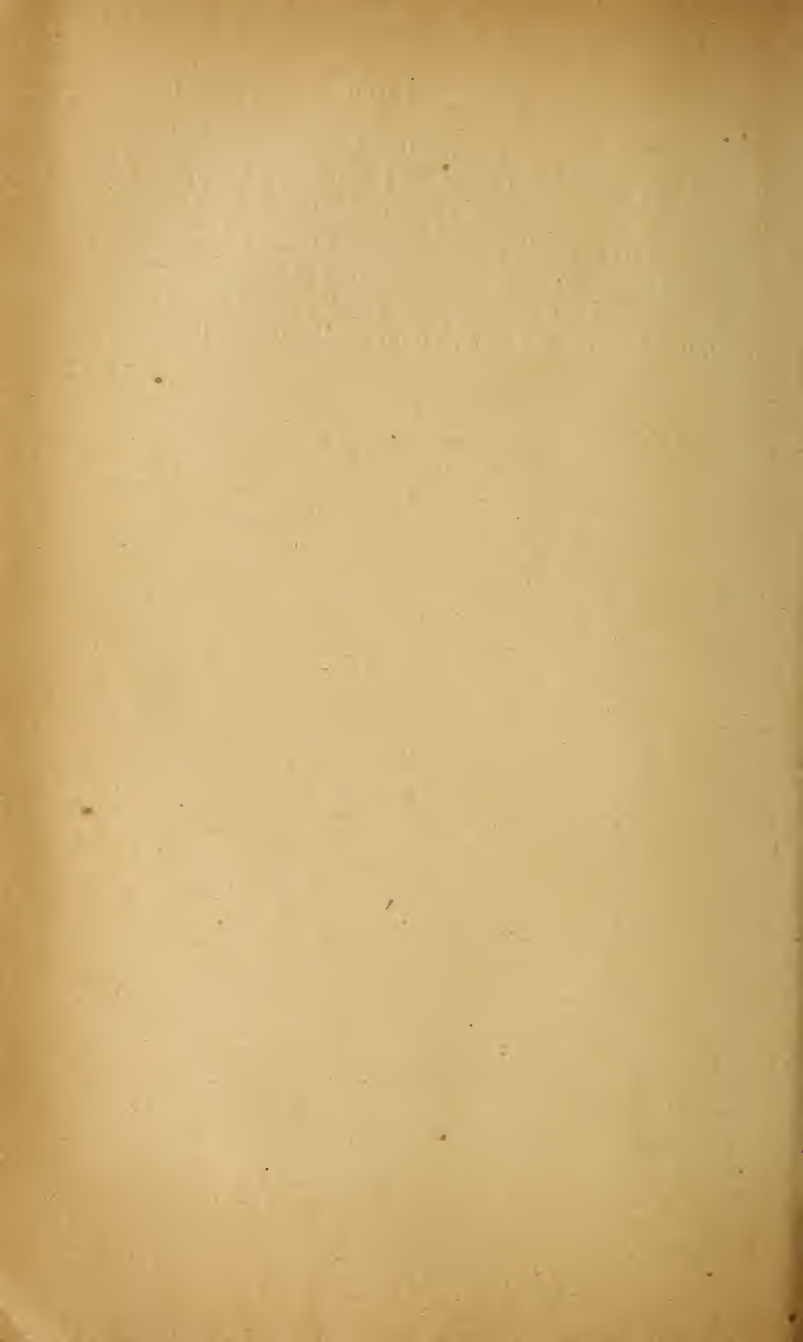
EUGENIO. ¡Hija mía!

AMALIA. ¿Pero me vas a dejar tú?

CONCHA. ¿Dejarte?... No, mamá. Estaré allí y aquí. Le cuidaré, trabajaré, vendré a veros... Cuando se

quiere hay tiempo para todo. Vendré a veros todos los días, a los dos..., a los dos. *(A Eugenio.)* Porque tú tampoco tienes derecho a perturbar la vida de estos seres. Tú eso no lo puedes hacer. Yo me iré contigo, pero no pidas más. Esto tiene que seguir subsistiendo... No, no me digáis nada. Ya sé que me vais a decir: que esto no es moral. Yo no sé si es moral, pero es humano.

TELÓN



OBRAS DEL MISMO AUTOR

* EL DEBER.—Comedia en dos actos.

* LA OTRA.—Comedia en un acto.

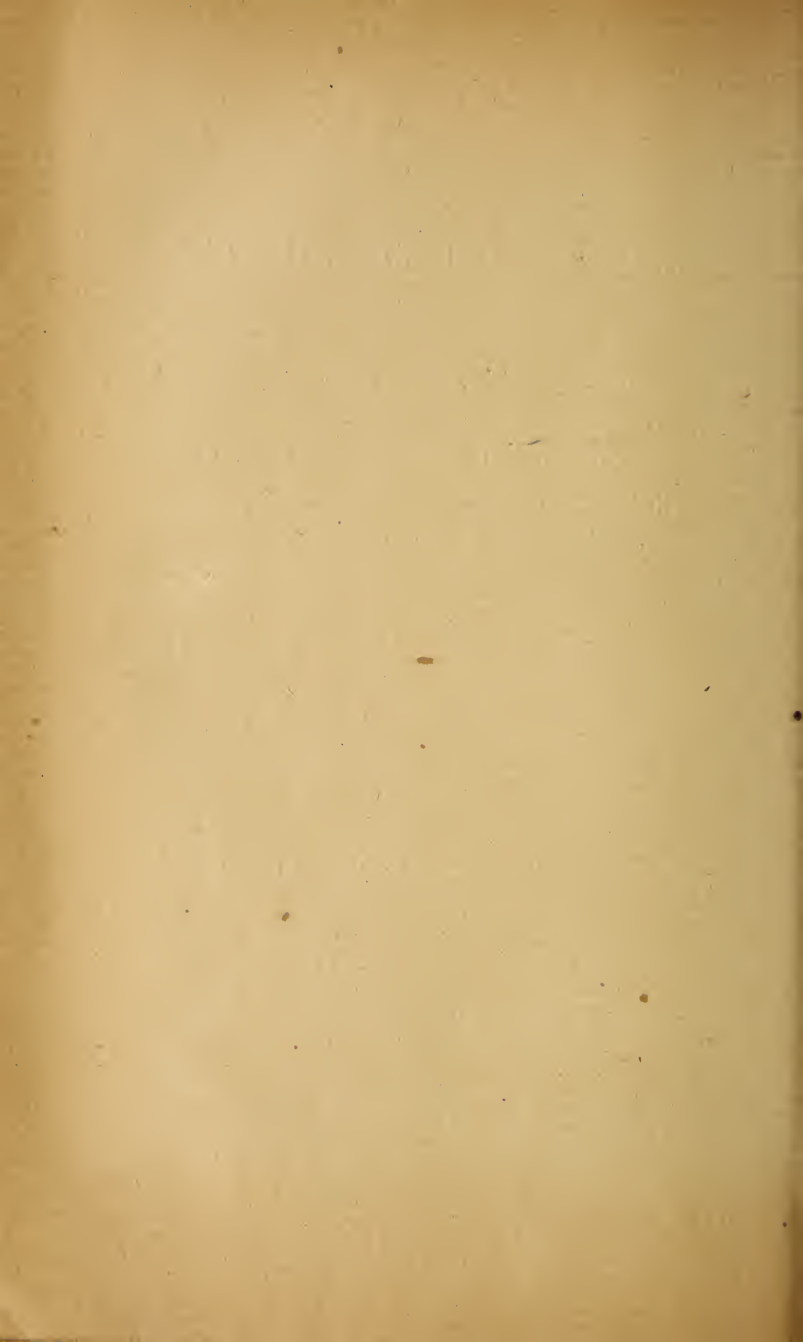
EN LA BOCA DEL LOBO.—Drama en un acto.

LA GOYA.—Drama en tres actos.

* LA SOMBRA.—Comedia en tres actos.

UNO MENOS.—Drama en un acto.

* En colaboración con RICARDO J. CATARINEU.







PRECIO 2,50 PESETAS

PRINTED IN SPAIN